2533

LA CORONA

DRAMA
EN TRES ACTOS
DE

MANUEL
AZAÑA

0
in Fs.

LA
FARSA

Cubierta

de

este

número:

La

ilustre

actriz

Margarita Xirgu

protagonista

de

La

Corona

(Foto Contreras y Vilaseca)

LA CORONA

250628

ANT MERLO

64

MANUEL AZAÑA

LA CORONA

DRAMA EN TRES ACTOS

Estrenada en el Teatro Español, de Madrid, el día 12 de abril de 1932, por la compañía de Margarita Xirgu

DIBUJOS DE
ANTONIO MERLO

LA FARSA

AÑO VI ||| 14 DE MAYO DE 1932 ||| NUM. 244
MADRID

A L. R. C.

Madrid, febrero 1928.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Diana	Margarita Xirgu.
Lorenzo el Estudiante	Alfonso Muñoz.
Leñador 1.º, *alias el Curita*	Alberto Contreras.
Leñador 2.º	Luis Alcaide.
Leñador 3.º	Fernando Porredón.
Ricardo	José Cañizares.
Un oficial	Miguel Ortín.
Un soldado	Miguel Pastor Mata.
Aurelio, duque de Quer	Alejandro Maximino.
Archibaldo Norman	Enrique Alvarez Diosdado.
El ayudante	Fernando Porredón.
Un paje	Pedro López Lagar.
Una menina	Pilar Muñoz.
El archicanciller	Luis Alcaide.
El ministro de Policía	Alberto Contreras.
El gran chambelán	José Cañizares.
Una dama	Mimí Muñoz.

Damas, oficiales, soldados, acompañamiento.

La acción en época y país indeterminados.

(A los actores encargados de los papeles de Leñador 1.º, 2.º y 3.º y del de Archibaldo Norman se les recomienda que eviten con mucho cuidado el remedar el habla de los campesinos y el acento extranjero, respectivamente.)

ACTO PRIMERO

Un raso en la montaña. Media noche. Cielo claro, estrellado. En el primer término de la escena, a un lado, se consume una hoguera.

ESCENA PRIMERA

(Al levantarse el telón, tres leñadores duermen en el suelo, los pies contra el rescoldo de la hoguera. Pausa. Por el fondo de la escena, en el ángulo opuesto a la hoguera, salen DIANA y LORENZO. Diana, de jinete varón, con látigo. Lorenzo, de campo: calzón, botas altas, zamarra y gorra de pelo, muy derrotado. Diana y Lorenzo permanecen en el foro.)

DIANA.—Esta es la luz que veíamos desde lejos.

LORENZO.—Ya lo dije: ni rastro de vivienda humana.

DIANA.—Hay gente.

LORENZO.—Cuento tres bultos.

DIANA.—¿Qué podrán ser?

LORENZO.—Pastores o leñadores que andan al carbón.

DIANA.—Pediremos que nos saquen de este laberinto.

607585

LORENZO.—Falta saber si son lo que aparentan. La sierra ha de estar sembrada de espías.

DIANA.—No nos han sentido.

LORENZO.—Malo sería que nos hubiesen sentido y lo disimulasen.

DIANA.—¡Pues vámonos!

LORENZO.—¿Tienes miedo?

DIANA.—¡Miedo! ¿Quieres que los despierte a latigazos? (*Avanza al centro del teatro.*)

LORENZO.—(*La sigue y la detiene.*) Calma. Si nos han descubierto y acechan, no tenemos escape.

DIANA.—¿Por qué desconfías?

LORENZO.—Echo de menos una cosa.

DIANA.—¿Cuál?

LORENZO.—Que no han ladrado los perros.

DIANA.—Decídete, como sea.

LORENZO.—Me falta resolución.

DIANA.—Te desconozco.

LORENZO.—Me arrepiento de haberte dejado gobernar esta fuga. No estoy hecho a la obediencia. Yo sólo sabía mandar.

DIANA.—Pues manda.

LORENZO.—Es tarde. Tú me has traído hasta aquí. Ahora me asaltan los peligros que no tuviste en cuenta al tomar esta decisión. Con mi plan estarías en salvo, o yo muerto.

DIANA.—No añadas a mi quebranto el pesar de haberte buscado la perdición.

LORENZ.—Tranquilízate. Volveré a la costumbre de fiar en la apariencia natural de las cosas. Estos son gente pacífica que nos salvará del apuro.

DIANA.—Esperémoslo.

LORENZO.—Me resuelvo a una acción grave..., grave porque vas envuelta en ella. Después..., mañana..., sobrevendrá de esta noche, para siempre, lo que ninguno podremos ya evitar. Dispón tu ánimo para lo irremediable.

DIANA.—Lo tengo para la muerte.

LORENZO.—Hace falta un corazón recio para desencadenar a ciegas el porvenir.

DIAUA.—¡Bah! El cuervo no será más negro que las alas.

LORENZO.—Pondré a prueba su disimulo. (*Se acerca sin ruido a los durmientes. A un paso empuña la pistola.*)

DIANA.—(*En el centro de la escena, sofocando la voz, al observar la acción de Lorenzo.*) ¡Bárbaro! ¿Vas a matarlos?

LORENZO.—(*Sin volverse, extiende un brazo y hace un ademán tranquilizando a Diana. Contempla un instante a los tres hombres. Después, para sí, como respondiendo a la exclamación de Diana.*) Si a cada uno le metiese una bala en el oído, su alma se conde-

RBC/NcU

naría con una traición de menos. (*Monta ostensiblemente la pistola, se inclina, la aplica a la sien de uno de los hombres y escucha cómo respiran.*) Profundo sueño. Veamos el despertar. ¡Eh! ¡Buena gente! ¡Arriba!

LEÑADOR 1.º—¡Quién va!

LEÑADOR 2.º—¿Qué es esto? ¿Qué sucede?

LEÑADOR 3.º—¡Ya voy! ¡Ya voy! ¿Eh? (*Se incorporan sobresaltados.*)

LORENZO.—No hay que asustarse. Somos de paz.

LEÑADOR 1.º—¡De paz, y cortas el sueño de unos pobres pistola en mano! ¡No me encañones, que no es menester!

LORENZO.—¡Alzate, y hablaremos!

LEÑADOR 1.º—(*Se pone en pie rápidamente.*) ¿Qué se ofrece?

LORENZO.—¿En qué oficio andas para dormir al raso?

LEÑADOR 1.º—Somos leñadores; tenemos aquí la corta para quemar.

LORENZO.—¿Sólo tres?

LEÑADOR 1.º—El zagal y su padre duermen abajo en el chozo. El zagal está poco bueno.

LORENZO.—Algún golpe.

LEÑADOR 1.º—Algo de carne huída sobre las costillas, y una tirantez, una tirantez que le agarra el pecho y no le deja resollar.

LORENZO.—¿Y vosotros dormís de cara a las estrellas, sin perros que os guarden de un susto?

LEÑADOR 1.º—El perro está en el chozo, con una bestia que tenemos. Por aquí no hay alma viviente; si algún matutero pasa estos puertos, ¿por qué nos habría de asustar?

LORENZO.—No ando en el matute. Viajo con este amigo y otros que se han quedado atrás.

LEÑADOR 2.º—¿Y adónde es el viaje tan fuera de camino?

LORENZO.—Queríamos trasponer la sierra.

LEÑADOR 2.º—¿Pecho arriba?

LORENZO.—Seguimos un carril que, a mi parecer, subía a lo alto.

LEÑADOR 3.º—Hay dos años que se abrió el carril para las cortas de Blas. No pasa de la torrentera.

LORENZO.—Eso vi. Dos horas perdimos en registrar buscando el vado. Imposible bajar los caballos hasta el cauce. Este amigo y yo seguimos subiendo guiados por esa lumbre, y aquí estamos. Ahora, si me sois serviciales y no hacéis ascos a la buena paga, uno de vosotros nos guiará al otro aire.

LEÑADOR 2.º—Por este sitio no se pasa la sierra.

LORENZO.—Pido ayuda; consejos, no.

LEÑADOR 1.º—¿Cuántos se han quedado en el carril?

LORENZO.—Dos, con los cuatro caballos.

LEÑADOR 2.º—En saliendo de la corta, los caballos no aprovechan para nada.

LEÑADOR 1.º—Pues, consejo o no consejo, y por mucha prisa que haya en ponerse al otro lado, lo que se puede hacer con la mejor voluntad es que el señor y el señor pasen aquí la noche; los caballos desandan el camino, y con uno de nosotros llegan al puerto de madrugada. Los demás tomaremos la mañana y andaremos faldeando hasta caer debajo del puerto. Allí se juntan todos, y siguen el viaje. Yo sé el terreno. Otra cosa que estipulen se me hace cosa de locos.

LORENZO.—(*A Diana.*) ¿Qué prefieres?

DIANA.—No hay mucho en qué elegir.

LORENZO.—(*Al Leñador* 1.º) Me resigno a esperar el día.

LEÑADOR 1.º—Ahora saldrá uno a recoger a los del carril.

LORENZO.—¿Podremos matar el hambre?

LEÑADOR 2.º—Quedará del guiso de anoche, y un cantero de pan.

LORENZO.—(*Al Leñador* 3.º) Tú, echa lumbre para que este amigo recobre el movimiento.

LEÑADOR 1.º—(*Con sorna.*) Y el habla.

LEÑADOR 3.º—(*Al segundo.*) Tenemos amo nuevo.

LORENZO.—¿Qué dices ahí?

LEÑADOR 3.º—Que estamos todos a tu mandar. (*Pone leña en la brasa.*)

LORENZO.—(*A Diana, mostrando la lumbre.*) Acércate. (*Diana se coloca detrás de la lumbre que van a reencender.*) Estamos empapados.

LEÑADOR 2.º—Un rocío fuerte que cala el pellejo.

LEÑADOR 1.º—No perdamos tiempo. (*Al Leñador* 3.º) Tú tienes que salir andando. ¿Te has enterado del encargo?

LEÑADOR 3.º—¡Pues no me tengo de enterar! Hasta mañana. (*Se va.*)

LORENZO.—Dí a esos amigos qu eestén tranquilos por nosotros.

LEÑADOR 1.º—(*Al segundo.*) No fuera malo que te alargases al chozo y trajeras algún avío. (*El Leñador* 2.º, *que trae un brazado de leña, lo deja en el suelo y se va.*) ¿Esto no hace llama? (*Se agacha, añade leña y sopla. La hoguera queda delante de Diana y entre Lorenzo y el Leñador. Al levantarse la llama, el resplandor hiere de lleno la cara del Leñador.*)

LORENZO.—¡¡Esa cara!!... (*Se precipita sobre el Leñador* 1.º, *que, al ver su movimiento, se alza y retrocede. Lorenzo le echa las manos a los hombros. Juego rápido.*) ¡Dime, granuja! ¿Quién eres tú?

LEÑADOR 1.º—¡Yo..., yo...!

LORENZO.—¡Ven acá! ¡Así, que te vea bien! (*Acercándolo a la lumbre; le arranca la montera y le deslía la bufanda.*) ¡Ah! ¿No

eres tú el *Curita,* el de la Venta del Hambre? ¡Di, ladrón! ¿Qué mojiganga es ésta? (*Oprimiéndole los hombros le hace doblar las rodillas; el Curita cae de hinojos, y junta las manos, implorando. Diana sigue la escena con asombro, consternada.*)

LEÑADOR 1.º—¡Sí..., yo soy...; por piedad!...

LORENZO.—¿No me has conocido? Mírame bien. (*Se quita la gorra de pelo y se baja el cuello de la zamarra.*)

CURITA.—Sí..., tú eres... Lorenzo el Estudiante... (*Con terror.*)

LORENZO.—¡Perro! ¿Qué significa esta fábula de leñadores?

CURITA.—(*Humillándose.*) ¡Perdóname!... No temas nada... Te salvaré.

LORENZO.—¿Temerte? ¡Alza, no te arrastres! ¿Qué trampa es ésta?

CURITA.—Prométeme que no me matarás, y soy tu esclavo.

LORENZO.—No te mataré si ganas el indulto.

CURITA.—Gracias, Lorenzo. Dispón de mí hasta la muerte...

LORENZO.—¿Tienes ya aliento? Habla. ¿Qué haces aquí?

CURITA.—Esperarte.

LORENZO.—Mientes. Nadie sabe mi camino.

CURITA.—Te esperaba por si era caso que venías a estos términos.

LORENZO.—Y ¿en caso que viniese?

CURITA.—Echarte mano, y, muerto o vivo, presentar tu honrada persona en el cuartel general.

LORENZO.—Estás al servicio del Gobierno.

CURITA.—Me corre un diario de media onza.

LORENZO.—Barato eres.

CURITA.—A la fuerza ahorcan. Mientras unos y otros estabais en el campo y la venta quedaba a trasmano de las dos facciones, yo, que no soy parcial de nadie, podía ir viviendo. Algunos espantos me habéis dado; pero se hacían favores y se cobraban las noticias falsas como si fueran de ley... Al empezar tu retirada vino la tropa. Prendieron fuego a la venta, me quitaron la mujer y las hijas, y al chico lo alistaron por fuerza en el batallón de guías. A mí me arrastraron codo con codo hasta el cuartel general. No quieras saber lo que vi. En las eras del pueblo fusilaban a sesenta prisioneros y estaba tocando la música en la plaza. Después de la batalla del día 14, como saben que te conozco, me ofrecieron dos talegas si te cazo. ¿Qué habrías hecho tú? Cerrar el trato y ponerte al aire.

LORENZO.—¿Me entregarás?

CURITA.—Lo que es de balde, prefiero engañar al Gobierno.

LORENZO.—Has hecho un trato.

CURITA.—Pelo a pelo, y sin dinero encima, el trato no me conviene. Me han ofrecido un tanto; yo he ofrecido entregarte. Una

promesa se paga con otra. Tienen muy mal dinero. De la media onza que me corre por pasar noches en claro, no he visto un sacramento. Si te entrego, barrunto que han de darme alguna sinrazón, y a mí no me engorda que te afusilen por nada.

LORENZO.—¿Y tus mujeres?

CURITA.—Ya las soltarán. Cuanto más, que no ha de sentir la tierra lo que tú y yo ajustemos. ¿Entendidos?

LORENZO.—Puede ser.

CURITA.—Me quitas un peso de encima.

LORENZO.—¡Tendrías la conciencia cargada!

CURITA.—Te digo mi verdad. Nunca pensé topar contigo. Lorenzo no es tan simple—me dije—que se entre en lo espeso de la sierra. En cuanto asome, solo o acompañado (*mirando a Diana*), será sospechoso. Tu camino era hacia el mar. Me pasma lo que has hecho.

LORENZO.—Pon que no ha podido hacerse otra cosa.

CURITA.—Al caer en quien eras me dió un vuelco el corazón.

LORENZO.—¿Me habías reconocido antes que yo a ti?

CURITA.—Claro. Al pronto, no pensé en Lorenzo. Te conocí en cuanto empezaste a ir de un lado para otro y a mandarnos. El aire no mentía; eras tú.

LORENZO.—Y seguiste en tu treta, bandido.

CURITA.—Eso te prueba mi lealtad. Quería descubrirme a solas, aunque podías matarme en un pronto. ¡Buena la hubieras hecho!

LORENZO.—Dejabas mujer e hijos...

CURITA.—Te dejaba en la trampa. Ya no tengo miedo. Has comprendido lo que valgo para ti. Puedes dejarme seco, pero no lo harás. (*Se vuelve de espaldas a Lorenzo.*) ¡Tírame un balazo en la nuca! ¿A que no tiras?

LORENZO.—Agradece que yo no mato avechuchos.

CURITA.—(*Volviéndose a él.*) Si caes en la tentación antes de verte en salvo, reserva una bala para ti. Te ojean como a una res; se me hace mucho que las patrullas no te hayan alcanzado.

LORENZO.—Venimos a buen paso.

CURITA.—En esta falda, hasta las carreras de los conejos están vigiladas. En la otra banda han tomado las salidas de los valles que paran en la frontera.

LORENZO.—¿Soy yo hombre que se deja cazar con red? Verás lo que tardo en hacerla pedazos.

CURITA.—Se me hace dificultoso.

LORENZO.—Nosotros venimos cuatro. Tú y los tuyos os juntáis a mí, y antes que amanezca sorprendemos dos o tres puestos. Por malas o por buenas me llevo a la gente, me arrojo sobre el primer destacamento de los valles, y a viva fuerza seguimos hasta la raya. Desgracia sería que dos no llegásemos vivos.

CURITA.—Eso no es más que entusiasmo. No eres lo que fuiste.

Ganabas en la guerra: la gente de campo se derretía por ti. Que podías más, con cien hombres, que mil de tropa; que cargabas delante de todos, embozado en una capa blanca, y sólo de verte, corrían los soldados; que abrasabas un pueblo o fusilabas una guarnición, para postres de una cena...

LORENZO.—¡Mentira!

CURITA.—Lo será, pero así te querían. Te hubieras presentado entonces y hubieras sido aquí el amo. Hoy ya no pintas nada. Saben que estás perdidoso y pregonado. Puedes sorprender un puesto; no a todos vas a encontrarlos encamados, como al mío. Darás miedo el tiempo que tardes en descargar las pistolas. Por buen componer tendríamos que andar a tiros esta noche y mañana. Si te empeñas, vete en paz; conmigo no cuentes.

DIANA.—Ese hombre tiene razón.

LORENZO.—Me doy a tu razón. No soy libre de vender la vida. ¿Qué se hace?

CURITA.—Seguir conmigo, como si fueses de los nuestros.

LORENZO.—Tráeme a esos amigos.

CURITA.—Todos no podéis pasar. Los que se han quedado atrás, servirán de cimbel para llamar a otra parte a las patrullas.

LORENZO.—¡Entregarlos!

CURITA.—Entregados estáis todos; si alguno se salva, es ganancia.

DIANA.—Está bien claro.

CURITA.—El caballero de pocas palabras no marra una. Voy al caso. Dispondré que uno de estos zopencos recoja a tus amigos y los acerque cuanto pueda a lo llano. Toman el camino del puerto, dejando rastro. Se correrá la voz de que el Estudiante y su escolta van para allá. Verás cómo se agolpan a perseguirlos. Que los cojan o que no los cojan, pasarán algunas horas antes de saber que no estás entre los presos. Mientras, los dos por nuestro caminito, como que llevamos una orden, ¡pin, pan!, nos ponemos en la raya.

LORENZO.—Seremos tres. Te olvidas de ...

CURITA.—(*Bajando la voz.*) Dime: ¿Te importa mucho?

LORENZO.—Si no me importara, sobraba la conversación.

CURITA.—Difícil será pasarlo. Tiene otra pinta.

LORENZO.—Donde pasan dos, pasan tres.

CURITA.—Pero..., en último resultado..., si no se pudiese...

LORENZO.—Si no se pudiese, te levanto la tapa de los sesos.

CURITA.—Mucho lo ponderas.

LORENZO.—(*Desdeñoso.*) ¿Todo ello, qué vale?

CURITA.—En pasando la frontera, fío en tu voluntad. Ahora voy al alcance de aquel hombre, le canto la cartilla y vuelvo.

LORENZO.—Aguarda. ¿Y el hombre que enviaste al chozo?

CURITA.—Tiene que dar muchas pisadas. Si vuelve antes que yo,

mándale esperar. Si es demasiado hablador, o quiere largarse, licencia tienes para dejarlo mudo o cojo... ¿Estamos?... ¡Adiós, barbián!

LORENZO.—¡Buen viaje..., maula! (*Contempla en la dirección que lleva el Curita. Diana, en pie, observa a Lorenzo. Pausa.*)

ESCENA SEGUNDA

DIANA.—Mucho has puesto en las manos de ese tunante.

LORENZO.—(*Volviéndose.*) No se ofrecen otras más honradas.

DIANA.—¿Cumplirá?

LORENZO.—Es probable.

DIANA.—Pende nuestra suerte de un bruto criminal.

LORENZO.—¿Y él, de qué depende? No te imagines al Curita dudando entre dos traiciones. El creerá que nos domina, y en su alma de bárbaro la astucia y el interés fingirán que entran en consejo y le deciden a su obra. Es puro simulacro. El Destino se burla del Curita y de su albedrío.

DIANA.—Templaremos el corazón con lo que venga.

LORENZO.—Ahora sobreponte a la angustia de esperar y reposa. (*Tiende junto a la lumbre las mantas que han dejado los leñadores. Diana se sienta.*) Si el Curita es leal, necesitas para mañana todas tus fuerzas.

DIANA.—¡Ojalá fuese ya mañana!

LORENZO.—Vendrá mañana, y la ignorancia del porvenir inmediato, que tú llamas la suerte, se habrá disipado. Estaremos más allá de estas horas que el temor nos pinta decisivas. Ya sólo serán recuerdo. Tratándose de mí, y sobre todo de ti, serán historia.

DIANA.—Haremos en la historia una triste figura.

LORENZO.—No hemos acabado.

DIANA.—Presiento el fin más negro.

LORENZO.—Cualquiera que sea, guardarán tu memoria los pueblos en que has querido reinar. Los que me han conocido victorioso, y a ti aclamada y coronada por mis tropas, y los hijos de sus hijos, cantarán el romance de la princesa fugitiva y del caballero que la salvó. Gracias a ti, el sentimiento popular me subirá a la gloria.

DIANA.—¿No me das otro consuelo? Mi ambición, mi raza, mi juventud, no se satisfacen con andar en coplas algún día.

LORENZO.—Hablaba jugando.

DIANA.—Tú no me sacas de una borrasca para dejarme en la playa. La borrasca empieza ahora. Me llevas..., ¿adónde?..., al destierro..., a la miseria... Tu romance es lúgubre.

LORENZO.—No lo será. Si uno de los dos tiene próxima la muerte,

ese soy yo. Tú vivirás, Diana, y el ensueño que ahora se desvanece vendrá a realizarse en una corona real. Yo no podré dártela. Cuando yo muera y tú vivas, la fantasía del pueblo nos unirá, haciendo la justicia de volverme a tu dulce presencia.

DIANA.—No me entristezcas, Lorenzo. Todo me aflige.

LORENZO.—El quebranto físico, la incertidumbre...

DIANA.—Y la noche, que es pavorosa.

LORENZO.—La noche es clara. Mira cuántas estrellas... ¿Cuál será la nuestra? Deseo que haya una sola para los dos.

DIANA.—La mía es sin ventura.

LORENZO.—Si creyese en presagios, diría que esta noche serena promete el amor.

DIANA.—Viene de la oscuridad un aliento frío.

LORENZO.—El bosque respira.

DIANA.—¡Qué silencio!

LORENZO.—El campo habla y canta en mis oídos de antiguo cazador.

DIANA.—¡Calla!... ¡Un murmullo!... ¡Un grito!...

LORENZO.—Voces son, pero no voces humanas. El vuelo de un pájaro, un soplo de viento, el paso de una bestezuela que va de cacería, forman ese coloquio del mundo y la noche. En esta hermosura, mi alma se aquieta, queda limpia de horrores y se llena de amor. ¿Tú no sientes, Diana, cómo nos es propicio el mundo?

DIANA.—Algo está presente... y yo no lo veo... Achechan... (*Incorporándose con terror.*) ¡Quién va!...

LORENZO.—Estás alucinada. Sólo estoy yo, que te defiendo de ti misma. (*Se sienta a su lado y la estrecha.*) Mírame, escucha mi voz, siente mis brazos que te amparan... ¡Cómo se entiende!... ¡Una heroína medrosa!

DIANA.—¡Estaba tan valiente!... Y en cuanto nos hemos parado aquí me falta el ánimo.

LORENZO.—La prueba ha sido dura, sobre todo para el espíritu.

DIANA.—El cuerpo no es de hierro. ¿Tendremos aún que andar mucho?

LORENZO.—Otra jornada.

DIANA.—¡Cuánto hemos subido!

LORENZO.—Al ser de día verás en panorama ese terreno, teatro de mi vergüenza y de nuestra fuga. Mira lejos ahora..., muy lejos..., una neblina. Es la bruma del río. Más allá acampa el duque Aurelio, y su ejército se calienta en las hogueras encendidas donde tú tenías la corte.

DIANA.—¡Qué desastre! ¡Y qué mortandad!

LORENZO.—Muchos buenos han perecido aclamando tu nombre.

DIANA.—¿Qué será de los pobres ministros?

LORENZO.—Dos han muerto.

DIANA.—¿Pues cómo?

LORENZO.—Antes de la desbandada, tuve tiempo de fusilarlos por traidores.

DIANA.—Ni en la desgracia has sabido ser piadoso.

LORENZO.—Menos que nunca. Ellos y el duque Aurelio son los instrumentos de mi derrota.

DIANA.—Los otros ya estarán a las órdenes del duque.

LORENZO.—Necesitan un ídolo para hacerle genuflexiones.

DIANA.—Grande hombre es el duque Aurelio.

LORENZO.—Alma negra, como la del Curita.

DIANA.—Nos ha vencido.

LORENZO.—Por el soborno. Aurelio es podredumbre y cinismo. Donde aparece, la hombría está de sobra y el valor se avergüenza de ser generoso.

DIANA.—Ahora será único dueño.

LORENZO.—Ya nada se le opone. Nosotros, rebeldes a una ley temporal, somos la ley eterna representada en tu raza. Entre nosotros y la revolución, Aurelio, paniaguado de tu casa, hecho señor por tu padre, ha vuelto su espada contra ti, al servicio de la demagogia. ¡Monstruoso! Vencida tu causa, las ranas parlantes de la capital y los esclavos borrachos que les hacen coro, se darán por contentos si el duque no los apalea al salir de una orgía. ¡Ay mi Dios! ¡El único poder que mantienes en el país es un viejo corrompido!

DIANA.—¿Nos habremos equivocado, Lorenzo? Mis derechos, el amor de los pueblos, ¿serán fantasmas, y mi ambición tan baja como la de Aurelio? Tu lealtad sería ceguera, y el verter sangre á torrentes, como la has vertido, una crueldad inexpiable.

LORENZO.—(*Sarcástico.*) El solo nombre de Aurelio, y su triunfo pasajero, ya te corrompen. (*Con brío.*) ¡Jamás, Diana, entrará en mi pecho la duda! Sería mi muerte. La sangre vertida es poca. Yo juro que se ha de verter aún para nivelar estos valles, y la primera que vierta será la de Aurelio.

DIANA.—¿También el duque?

LORENZO.—Es mi enemigo.

DIANA.—Ya, no; la guerra ha concluído.

LORENZO.—Aurelio es el mal. Lo aborrezco. Lo mataré con mis manos.

DIANA.—¿Tú qué eres, Lorenzo? ¿Un monstruo de soberbia, una fiera?

LORENZO.—(*Rindiéndose.*) ¡Oh Diana! ¡Mi reina, mi amor! Soy menos que un vasallo; esclavo tuyo, por ley divina y por ley del alma. Pon sobre mí tu planta, y no me odies. No retires de mí tus ojos, que han sido clementes.

DIANA.—No lo serían con un criminal.

LORENZO.—Olvida esas palabras. Mi derrota está sangrando y la soberbia respira por la herida. ¿Me das tu mano a besar en señal de perdón? (*Diana le tiende la mano, que Lorenzo besa con pasión.*) No todo es tenebroso en mi vida, ni mis deseos se acaban en el estrago de la guerra. Tú sabes que Lorenzo no es un tigre.

DIANA.—(*Sonriendo.*) Confieso que lo sé.

LORENZO.—Me reduzco a tu obediencia en todo. Se acabó la guerra. ¿Quieres que tu andante caballero se haga pastor? Me haré pastor. En el campo, que a ti te amedrenta, siento que la libertad personal se ensancha sin límites. Los soldados me dieron el mote de Estudiante, porque sabían que me escapé del seminario para alistarme. Mejor sería llamarme el salvaje.

DIANA.—(*Riendo.*) ¡Qué papel habría hecho en Palacio un general montés!

LORENZO.—Un papel grandioso, como en la guerra. Tú me habrías ayudado a conseguir otros ensueños. Los sucesos me han hecho militar, y la guerra me encumbra cerca de ti. Soy hijo de mis obras, pero mis obras son hijas de la imaginación. Todo lo hecho, y más que haría, lo soñaba.

DIANA.—¿Qué soñabas?

LORENZO.—¡Soñaba mandar! ¡Ejércitos innumerables! ¡Escuadras en los mares! Y también un reino pacífico, ciudades nuevas y monumentos grandes levantados por mí.

DIANA.—Todo eso en la clase de Teología.

LORENZO.—A campo raso, diciendo mis quimeras a las peñas y a los árboles.

DIANA.—¡Pídeles ahora cuenta de tus ensueños!

LORENZO.—Este infortunio nunca lo soñé.

DIANA.—Tampoco soñaste a Diana.

LORENZO.—Tampoco. Mi dolor más recio, mi placer más vivo se quedaron por crear. No alcanzaba a tanto la imaginación. Déjame decirte, Diana, que estar solo contigo y ser tu guarda amorosa en toda esta noche, compensa mis desdichas y las hace deseables.

DIANA.—Aparezco yo en tu vida, y las quimeras felices se rompen. He gastado tu buena estrella.

LORENZO.—Apareces en mi vida y encuentro yo el norte verdadero de mis sueños. Veo una relación misteriosa del abandono en que estás con el ansia sin objeto de la primera juventud. El corazón me lo dice. ¿Sabes cómo? Tu presencia, tus palabras resucitan la ternura con que amé las promesas de la vida. Yo había cegado este manantial. Tú lo abres de nuevo y brota el mismo sentimiento: tú eres lo que yo amaba. ¡Quién pudiese, Diana, llegar hasta ti sin cicatrices en el alma, tal como fuí en el albor de la vida!

DIANA.—Harías mal, si el corazón no me ha engañado.

LORENZO.—¿Empiezo a valer menos?

DIANA.—Me sorprende que seas candoroso.

LORENZO.—Di tosquedad. Soy más rudo en amor que en la guerra.

DIANA.—La admiración te abrió las puertas de mi alma. Yo no creía en un placer comparable al de sentirme cautiva de tu genio. Ahora me regalas una emoción inesperada; al pronto me sorprende, me desconcierta, y luego va siendo deliciosa: el contagio de tu ternura.

LORENZO.—Preferías mi fiereza de guerrillero.

DIANA.—Te preferí grande y poderoso como ninguno. Tú sólo creabas: creabas acciones magníficas. Las gentes medianas que nos han rodeado sentían por ti envidia o terror. La devoción entrañable que mereces, se guardaba para mí. ¿Recuerdas la última vez que echaste todo el ejército contra las tropas del duque? Nadie sabía si ganábamos o perdíamos. Todos me aconsejaban la huída. Llegaste tú, estoy viéndote, al anochecer, a caballo; llegaste tú, y se compuso todo. Estabas horrendo, pero ¡qué luz sobrehumana en los ojos! ¡Eras un semidiós!

LORENZO.—¿Desde entonces me quieres?

DIANA.—Y antes, a mi parecer. Pero sólo desde aquella noche, el pensamiento de que también querrías dominarme a mí, lejos de irritarme, me extasiaba. Te acaricié y estreché sobre mi alma, donde eras ya rey absoluto, y pasé, no puedo decir con qué arrebato, de reina a esclava.

LORENZO.—Y yo, en tanto, sofocaba un deseo que me pareció sacrílego. No sé pintarte, Diana, la confusión de tu vasallo cuando me pareciste amable y deseable como mujer. La exaltación por la causa no me dejaban ver que mis proezas tenían otro cebo que el darte la corona. Un día los sentimientos se separaron y se hizo la luz. ¿Por qué sería? Una sonrisa, una mirada tuya, una inflexión nueva en tu voz: no lo sé. Me puse a amarte con violencia desesperada y decreté morir. Las balas me respetaron sin compasión.

DIANA.—Y yo, en tanto, temblaba por mi amor. ¡Pobre amor, me decía, destinado, como un amor de tragedia, a perecer por mandato de la razón política! Perdóname, Lorenzo, si el orgullo me hacía temer esta derrota que nos devuelve la libertad.

LORENZO.—Temblando, busqué tu mirada; en mis ojos ya no había respeto para ti. Quise bogar en ese azul, y al buscarlo temía. ¡Oh gloria de mi alma! Ese azul me recibió amorosamente, me envolvió en su flúido celeste: tu caricia primera.

DIANA.—Que hayas temblado y tiembles junto a mí, me hace dichosa. He descubierto al hombre escondido en el semidiós.

LORENZO.—¿No soy como creías?

DIANA.—Te admiro menos, y te adoro.

LORENZO.—¿Será por lástima?

DIANA.—¿De qué?

LORENZO.—De mi vencimiento.

DIANA.—Ya estamos lejos de esa historia. Ni heroína ni héroe. Mi amor busca sólo tu corazón. Si yo no descubro tu verdadero ser, nadie lo habría descubierto y hubieras vivido de incógnito en el mundo, aunque el mundo se llenase de tu fama.

LORENZO.—¡Ay, Diana, temo que me estés soñando!

DIANA.—(*Con arrebato.*) ¡No te apartes de mí, que no despierte nunca de este sueño! (*Se abraza con él; quedan tendidos en el suelo.*)

LORENZO.—¡Pierdo en tus brazos el alma dolorosa que padecía por ti y nazco a vida nueva!

DIANA.—A un placer inmortal.

LORENZO.—Inagotable como el deseo.

DIANA.—Regalo y sacrificio.

LORENZO.—Dulce, como el sabor de tu boca.

DIANA.—Mi gloria...

LORENZO.—Suave es tu caricia.

DIANA.—... tu aliento...

LORENZO.—Tus ojos...

DIANA.—... me abrasa.

LORENZO.—... se mueren. (*Pausa.*) ¡Diana mía!

DIANA.—Ya no quiero más vida que este sueño.

LORENZO.—No la habrá para mí.

DIANA.—Para ninguno, si el mundo nos despierta.

LORENZO.—Todavía no. (*Se incorpora.*) ¡Cómo nos es propicio!

DIANA.—¿Solos tú y yo en el mundo?

LORENZO.—Nadie más existe.

DIANA.—Solos en un infinito. La montaña, los bosques, el agua y las estrellas no estaban en mis sentidos.

LORENZO.—Hoy, de aquí a un instante, el mundo ha de despertar, y yo en la muerte.

DIANA.—(*Se incorpora.*) ¿Qué hablas de morir?

LORENZO.—Recuerda que la muerte me acecha.

DIANA.—Yo te amparo.

LORENZO.—Un pensamiento sombrío me aparta de ti y a la vez me retiene en tus brazos.

DIANA.—¿Cuál?

LORENZO.—Que ha pasado para no volver el instante glorioso. Segué las flores; nunca más brotarán para mí.

DIANA.—Siempre estaremos juntos.

LORENZO.—¡Siempre! Siempre es corto.

DIANA.—Si has de morir pronto y yo contigo, apuremos todo el tiempo es este amor.

LORENZO.—Quisiera llevarte más allá del tiempo, donde nada concluye. ¡Oh Diana, Diana! ¡Devuélveme la esperanza!

DIANA.—¿Qué tristeza es la tuya? ¿Lloras?

LORENZO.—¡Déjame! (*Se levanta y cruza la escena. Diana lo sigue.*)

DIANA.—¡Lorenzo! ¡Lorenzo! ¡Mi amor!... (*Lorenzo se vuelve, Diana se detiene; se miran un instante. Cae Diana en los brazos de Lorenzo, que la estrecha.*)

LORENZO.—Perdón, gloria mía. Me acobarda el ser feliz.

DIANA.—¡Y tú deseabas una eternidad conmigo!

LORENZO.—La deseo, Diana. Porque no la tengo, mi corazón desfallece. Ya no eres aquel misterio terrible. Encuentro el paraíso, y siento por los dos...

DIANA.—¿El qué?

LORENZO.—Conmiseración.

DIANA.—Deliras. Yo siento orgullo de ti, y un valor como nunca lo he tenido.

LORENZO.—¿De qué sirve ya el valor?

DIANA.—Para acabar nuestro viaje y quedar en salvo. ¡Lorenzo, vuelve en ti! ¿Qué te estremece?

LORENZO.—El frío.

DIANA.—Ven. (*Quiere llevarlo hacia la lumbre. Lorenzo permanece clavado en el suelo.*)

LORENZO.—Mira en el horizonte una raya blanquecina. Es el alba.

DIANA.—Mejor. El hombre que esperamos poco tardará.

LORENZO.—No resisto a la angustia de este amanecer.

DIANA.—Yo estoy a tu lado... Dame los brazos... Háblame...

LORENZO.—Mi placer ha nacido en estas sombras y con ellas se muere.

DIANA.—El día que empieza es el de nuestra libertad.

LORENZO.—Empieza con mal agüero. Escucha.

DIANA.—Graznan unos pajarracos.

LORENZO.—Las cornejas.

DIANA.—¿Y eso es malo?

LORENZO.—Un graznar siniestro: entre alarido y risotada.

DIANA.—¡Locuras!

LORENZO.—¿Y ahora?... ¿Has oído?...

DIANA.—(*Escuchando.*) Nada.

LORENZO.—Una voz..., sí...

DIANA.—Me horrorizas, Lorenzo. (*Pausa.*) Nada se oye.

LORENZO.—¡Cómo que no!... Otra vez... Llaman.

DIANA.—Sí..., parece...

LORENZO.—Dicen... ¡Lorenzo..., Lorenzo!...

DIANA.—Será el Curita.

LORENZO.—No tiene por qué dar voces. Sabe dónde estamos... Suena otra vez...

DIANA.—Es verdad..., muy claro...

VOZ.—(*Dentro, lejos.*) ¡Lorenzooo!...

LORENZO.—Son nuestros amigos.

DIANA.—¡Ay, Dios!

VOZ.—(*Dentro, más cerca.*) A mí..., Lorenzo..., a mí!...

LORENZO.—¡Aquí estoy!... ¡Eh!... ¡Aquí estoy!... (*Se va al foro y otea el campo.*) Uno viene por lo raso... ¡Eh! ¡Eh!... Aguarda... ¡Voy por él! (*Se va Lorenzo. Diana, sola en escena, espera con ansiedad.*)

VOZ.—(*Dentro.*) Socorro... ¡Ay!

LORENZO.—(*Dentro.*) ¿Tú?... ¿Herido?... Deja..., yo te llevo. (*Entra Lorenzo con RICARDO, que apenas puede tenerse.*) Es Ricardo, Diana. Ayúdame... con cuidado.

DIANA.—¡Horror!

RICARDO.—¡Ay de mí!

LORENZO.—Alienta, hombre. Veamos qué tienes. (*Lo deja donde Diana estuvo sentada.*)

DIANA.—¿Qué desdicha es ésta?

RICARDO.—¡Huye..., señora! ¡Huye..., Lorenzo!...

LORENZO.—¿Qué dices?

DIANA.—¿De quién?

RICARDO.—Descubiertos..., nos han descubierto... Tres hombres... nos han asaltado...

LORENZO.—¿Y Antonio?

RICARDO.—Muerto..., perdidos..., huye...

LORENZO.—¡Huir! ¿Y adónde?

DIANA.—¡Todo se acabó!

LORENZO.—No, Diana; aun han de verse conmigo.

DIANA.—Escápate.

LORENZO.—No me escondo más.

DIANA.—Yo puedo quedarme con este infeliz. Me daré a conocer y mi nombre los detendrá.

LORENZO.—No me separo de ti.

DIANA.—Vete por el monte. Prueba a salvarte.

LORENZO.—¿Para que me sigan el rastro y me maten como una alimaña? ¡Los espero cara a cara! Vivo no han de cogerme.

DIANA.—Lorenzo, por amor de mí. (*Se abraza con Lorenzo.*) Tu vida me pertenece.

RICARDO.—¿Qué dice?

LORENZO.—¡Suéltame, Diana!

DIANA.—Rey mío. ¡Mátame antes si tú quieres morir!

RICARDO.—¡Cómo! ¿Será posible?

DIANA.—(*A Ricardo, sin soltar a Lorenzo.*) ¡Qué! ¿Nos ves y nos

oyes? No te mueras todavía. Mírame en sus brazos: le adoro, soy suya, él es mi único reino... ¡Anda! ¡Publícalo donde vayas a dar con tu alma!

RICARDO.—Mujer... Hemos dado la vida por ti...

VOCES.—(*Dentro.*) ¡Ahí están!

LORENZO.—Aparta. Es mi hora.

VOCES.—(*Dentro.*) ¿Quién vive?

LORENZO.—¡¡¡Lorenzo el Estudiante!!!...

DIANA.—(*Estrechándolo con pasión.*) ¡Lorenzo mío! ¡Piensa en mí! ¡En tu amor! No te resistas...; lo primero es la vida... Yo te defiendo... con mi cuerpo... (*Por todos los términos de la escena irrumpen los soldados, con fusiles, un OFICIAL y el LEÑADOR 3.º Los soldados se arrojan sobre Diana y Lorenzo, los separan y los sujetan. Otros se acercan a Ricardo. Quedan así: junto a la hoguera, Ricardo en el suelo y dos o tres soldados que le registran; al fondo, Diana, sujeta por los brazos, rodeada de tropa; en el otro extremo, Lorenzo, también sujeto. En el centro, el Oficial y el Leñador 3.º Los soldados registran y desarman a Lorenzo.*)

OFICIAL.—(*Al Leñador.*) ¿Son éstos?

LEÑADOR 3.º—Sí, señor.

OFICIAL.—(*A Lorenzo.*) ¿Tú eres Lorenzo el Estudiante?

LORENZO.—¿Y tú, quién eres?

OFICIAL.—¡Faccioso! ¡Puedo fusilarte ahora mismo!

LORENZO.—Eso harás tú.

OFICIAL.—Amárreme corto a este hombre, sargento. ¿Habéis registrado al otro? (*Los soldados van a registrar a Diana.*)

DIANA.—¡Quietas las manos!

UN SOLDADO.—¡Mi teniente! ¡Es una mujer!

OFICIAL.—¿Una mujer? (*Riendo, a Lorenzo.*) Viajas en buena compañía.

LORENZO.—¡Soldados! ¡Presentadle armas! ¡Es la reina legítima!

DIANA.—¡Soy la princesa real de Lys!

OFICIAL.—(*Desconcertado, se dirige a Diana y la mira. Duda. Luego, confuso.*) Señora: tendré el honor de escoltarla hasta el cuartel general. (*Mientras cae el telón, los soldados se alinean junto a Diana y junto a Lorenzo, en dos escuadras, e inician la marcha. Otros cargan con Ricardo.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Ocupa lo más de la escena la tienda del duque Aurelio, abierta en pabellón de frente a la sala. Al fondo de la tienda, comunicación con otras piezas. Lo restante de la escena muestra el campamento del ejército. Horizonte remoto.

ESCENA PRIMERA

(El duque AURELIO—sexagenario, rollizo, rasurado, peliblanco, rubicundo—, tendido junto a una mesita con botellas y vasos, lee un libro, dentro de la tienda. Fuera, en segundo término, tres oficiales, en torno a una mesa, juegan y beben. De pie, en primer término, ARCHIBALDO NORMAN y el AYUDANTE.)

NORMAN.—Me han señalado esta hora para la entrevista.

AYUDANTE.—No hay orden de introducir a usted.

NORMAN.—Será un olvido. Tenga usted la amabilidad de recordar al duque esta cita.

AYUDANTE.—Perderemos el tiempo. Se ha encerrado a trabajar.

NORMAN.—¿Habrá inconveniente para hacerle llegar mi tarjeta?

AYUDANTE.—Ninguno.

NORMAN.—*(Le da una tarjeta.)* Gracias.

AYUDANTE.—*(Que ha entrado en la tienda.)* Mi general...

AURELIO.—(*Sin levantar la vista.*) ¿Qué hay?

AYUDANTE.—...Este señor (*alargándole la tarjeta*) dice que tiene concedida audiencia.

AURELIO.—(*Deja el libro, toma con negligencia la tarjeta.*) ¡Ah! Sí..., que entre. (*El Ayudante saluda y va hacia la puerta.*) Un momento. (*El Ayudante se vuelve.*) ¿Y aquella fiera?

AYUDANTE.—Le han notificado la sentencia.

AURELIO.—¿Qué ha dicho?

AYUDANTE.—Lo único que dice desde el primer día.

AURELIO.—¿Persiste en verme?

AYUDANTE.—Lo pide a voces. Cuando le da el arrebato, toda esta parte del campamento le oye gritar.

AURELIO.—Lo pensaré... Dispóngalo todo para que se lo lleven del campamento en cuanto yo lo ordene. La ejecución ha de ser hoy mismo, antes que anochezca.

AYUDANTE.—¿Algo más?

AURELIO.—Ese hombre, que pase.

(*El Ayudante sale de la tienda e indica a Norman que puede entrar.*)

NORMAN.—(*Entrando en la tienda; al duque, que afecta seguir leyendo.*) ¿General?...

(*Fuera de la tienda, el Ayudante habla con los oficiales que estaban en la mesa, y se va con uno de ellos.*)

AURELIO.—¡Adelante, señor Norman! ¿Ha descansado?

NORMAN.—Del todo. Agradezco infinito su hospitalidad.

AURELIO.—Usted me excusará si no le detengo mucho.

NORMAN.—No quisiera distraerle de sus graves asuntos.

AURELIO.—Lo de menos sería distraerme; yo gusto de la distracción. Pero con distraernos usted y yo, nada se resolvería... Siéntese... Tengo aquí un vino de Italia muy potable. (*Va a servirle.*) ¿O prefiere usted un alcohol inglés?

NORMAN.—Adoro lo italiano.

AURELIO.—Bien hecho. (*Llena dos copas; le brinda una.*) ¡Por su buena estancia!

NORMAN.—¡Por el glorioso caudillo!

AURELIO.—(*Agradeciendo con una sonrisa.*) La verdad es que ha llegado usted a mi tierra con retraso.

NORMAN.—Espero lucirme todavía. Y aunque sólo fuese por admirar estas tropas, el viaje valdría la pena.

AURELIO.—¿Tiene usted buena impresión?

NORMAN.—Inmejorable. Oficiales y soldados poseen una fuerza sin par: confianza en su general.

AURELIO.—Tengo cierta popularidad.

NORMAN.—Un prestigio bien ganado. La campaña ha sido prodigiosa, y por remate, esa captura.

AURELIO.—La captura del Estudiante sólo tiene valor político. Militarmente estaba deshecho.

NORMAN.—¡Golpe soberbio! ¡Prender juntos a la reina fugitiva y a su general!

ARELIO.—No hemos prendido a ninguna reina.

NORMAN.—¿No han capturado a Diana, vestida de hombre, cuando huía de noche por la sierra con el Estudiante?

AURELIO.—(*Con una risotada.*) ¿Quién le ha contado esa novela?

NORMAN.—Así refieren el caso.

AURELIO.—(*Riendo más.*) ¡Qué fantasía! ¡Leyenda del facinerosо y la princesa perdida en la selva oscura! (*Serio.*) Me apesta el color local. La verdad es otra.

NORMAN.—Ansío saberla.

AURELIO.—Cuando envolvimos el grueso de la facción, Diana probó a fugarse. Halló tomados los pasos del río; temerosa de un desmán, y sabiendo que entre nosotros nada grave había de ocurrirle, vino ella misma a ponerse bajo mi custodia. No hubo más.

NORMAN.—Entre una verdad inventada y una verdad revelada, me atengo a la revelación.

AURELIO.—¿Suele usted ser tan profundo como todo eso?

NORMAN.—Sí; cuando reflexiono antes de hablar.

AURELIO.—Por una vez, ensaye la manera contraria.

NORMAN.—Estoy muy resabiado.

AURELIO.—(*Sonriendo.*) Conviene dominar los hábitos, por arraigados que estén, cuando no se acomodan a lo imprevisto.

NORMAN.—En todas sus palabras, general, admiro una prudencia increíble.

AURELIO.—¿Tampoco la preveía usted?

NORMAN.—Esperaba un gran soldado, pero no un político profundo.

AURELIO.—La guerra y la política son la misma cosa, al menos en mi vida. La guerra es un suceso normal en la política, aunque no sea habitual. Yo he administrado siempre una guerra a mi país cuando no he podido hacer la política de otra manera. Usted sabe que en la política y en la guerra, nuestros pensamientos más claros, los cálculos más sutiles, dependen de la colaboración del prójimo. El prójimo es necio, y los pensamientos fracasan. Mi prudencia, otros le dan nombre más feo, consiste en calcular la necedad ajena.

NORMAN.—Ahora los necios obedecerán, como los discretos, a quien ya es árbitro en las discordias del país.

AURELIO.—Para ser árbitro es menester que haya, por lo menos, dos facciones. Sólo queda una. la revolución, a quien mi ejército y yo serviremos.

NORMAN.—Usted puede encauzar la revolución y servirse de ella en lugar de servirla.

AURELIO.—(*Confidencial.*) Desconfían de mí.

NORMAN.—¿Pues qué más quieren?

AURELIO.—Que les entregue a Diana. Temo que si la entregase harían con ella alguna parodia sangrienta.

NORMAN.—Se contentarían con poner a buen recaudo una prenda de tanto valor.

AURELIO.—Les doy otra que no vale menos.

NORMAN.—¿La hay?

AURELIO.—Sí. El Estudiante.

NORMAN.—¿Lo ha enviado usted a la capital?

AURELIO.—Lo envío al infierno. Antes de anochecer será fusilado.

NORMAN.—¡Ah! (*Grave.*) Creí que no fusilaban a los prisioneros.

AURELIO.—Este es un facineroso.

NORMAN.—General de un ejército que usted ha vencido en guerra regular.

AURELIO.—No sería halagüeño para mi vanidad rebajar los talentos militares del Estudiante. Pero se ha deshonrado con violencias atroces. La ley que ha puesto precio a su cabeza no es obra mía. ¿Voy a dejar de aplicársela porque la ley me sea útil. Así verán que no gasto contemplaciones.

NORMAN.—Si no es un secreto, quisiera saber más del porvenir de Diana.

AURELIO.—En este caso, la guerra ha ido más allá de los fines de la política. ¿Por qué diablos ha caído viva en mis manos esa mujer? Dejarla a merced del Gobierno, no quiero; ponerla en libertad, no debo: parecería una traición; no puedo guardarla aquí mucho tiempo en una situación falsa que me compromete inútilmente. La ejecución del Estudiante da algún respiro... Meditaré... (*Riendo.*) Vea usted un hombre apurado por una señora.

NORMAN.—¿No se ofrece una salida imprevista que acabe con la revolución, con las pretensiones de Diana, y que a usted le ponga en el lugar correspondiente a su gloria?

AURELIO.—No se ofrece.

NORMAN.—Si descubro su pensamiento, ¿me lo negará usted?

AURELIO.—Señor Norman: a los hombres de acción nos gusta que un hombre de ingenio descubra nuestro pensamiento, que suele estar confuso, y lo formule; y si no lo descubre, que nos lo preste. Eso nos abre perspectivas inesperadas sobre la Historia y alumbra el camino de nuestra misión. Como usted me regale el pensamiento que me falta sobre el caso, será gran favor.

NORMAN.—No ignoro que hace dos días pasó por el campamento una comisión de la capital.

AURELIO.—¡Ah!

NORMAN.—No ignoro que forman la comisión un representante de la minoría monárquica parlamentaria, el presidente de las fuerzas vivas, el delegado del partido agrario, el obispo de Volúbilis...

AURELIO.—¿Qué le han contado?

NORMAN.—Nada. Pero yo sospecho, ato cabos y construyo una fantasía.

AURELIO.—Sepámosla.

NORMAN.—Pues... me imagino que... esos señores, en nombre de una opinión muy esparcida, deseosos de restaurar el orden, y contando con que este ejército es muy devoto de su general..., le ofrecen a usted la corona.

AURELIO.—¡Cuánta generosidad! ¡Ofrecerme una corona de la que yo sólo puedo disponer! Prosiga.

NORMAN.—No hay más.

AURELIO.—Había usted prometido adivinar mi pensamiento.

NORMAN.—Es verosímil que lo está usted madurando.

AURELIO.—(*Ríe.*) Le nombro mi secretario de Estado. Aconséjeme. Si así fuese, ¿qué debería hacer?

NORMAN.—Aceptar sin escrúpulos.

AURELIO.—(*Burlando.*) ¡Un rey sin linaje! Me cantarían canciones.

NORMAN.—Pocos se habrán fundado con tanto lustre.

AURELIO.—Si me hiciese rey, un geanealogista encontraría que mi abuelo, el curtidor, desciende de Eneas o de Escipión. Si yo hiciese rey a otro, sus bisnietos se envanecerían de ser mis descendientes, a costa de lo que usted ya supone. ¿Percibe usted la diferencia?

NORMAN.—No importan abuelos ni nietos, sino usted.

AURELIO.—Soy muy tentado de la risa, y prefiero agotar el ridículo ajeno antes que cebarme en el propio. A mi edad, ha de ser más fácil dar una constitución que arraigarse en el trono. Puedo sancionar la constitución hecha por un parlamento, pero no es delegable la facultad de perpetuar la dinastía. Ninguna constitución, por radical que sea, despoja al que reina de esa prerrogativa.

NORMAN.—No caigo en el lazo. Usted, por no manifestar su íntimo ser, envuelve en sarcasmos su obra personal, su propia grandeza. Es un rasgo típico de su país.

AURELIO.—¿Lo conoce usted bien?

NORMAN.—Es el único donde aun se encuentran caracteres enteros y una originalidad poderosa.

AURELIO.—Lo mismo dicen aquí de su país de usted.

NORMAN.—Porque no lo han visto. Desgraciadamente, la corrupción moral de mi país salta a los ojos.

AURELIO.—Usted piensa mal de su país, porque en él es donde ha aprendido a conocer a los hombres.

NORMAN.—(*Riendo.*) Es usted de un pesimismo nivelador.

AURELIO.—¡Oh, no! ¿Qué me importa a mí eso? Yo no he visto al hombre en el Paraíso, ni espero verlo resucitado en el reino de Dios. A los hombres, es decir, a su espíritu, a su corazón, hay que... exprimirlos para ver qué dan de sí cuando uno es artista o simplemente curioso; para que den de sí la mejor cosecha cuando uno es hombre de acción. De ese modo he tratado yo a mi pueblo, sin esperar a que los profetas mejoren la condición humana. Vea usted el resultado: no es fastuoso ni será eterno; ¡¡pero es!! (*Transición.*) ¡Qué digo! Usted viene aplicándome el mismo trato en esta conversación.

NORMAN.—¡Buenos estarían los resultados, general, si su pueblo se hubiera defendido de usted como se defiende usted de mí!

AURELIO.—¿Yo me defiendo de usted?

NORMAN.—No he logrado penetrar sus intenciones.

AURELIO.—Hoy saldrá usted de dudas... (*Levantándose.*) ¿Quiere usted dispensarme la honra de compatir mi mesa esta noche?

NORMAN.—(*Que se ha levantado también.*) ¡Con cuánto placer! Un favor quisiera pedirle.

AURELIO.—¿Cuál?

NORMAN.—Licencia para asistir a la ejecución del Estudiante.

AURELIO.—Bueno. Daré orden.

ESCENA SEGUNDA

(*Entran DIANA, una dama y un OFICIAL de escolta en el término de fuera de la tienda. Diana y la dama se quedan aparte. El Oficial habla con los que estaban en la mesa, que se han levantado y saludan. Uno de ellos entra en la tienda. Este juego, mientras Aurelio y Norman, en la tienda, dicen:*)

NORMAN.—Gracias otra vez.

AURELIO.—Cenará usted en buena compañía, se instruirá usted, al mismo tiempo que se repone de la emoción del fusilamiento.

NORMAN.—Le deberé a usted un triunfo profesional incomparable.

AURELIO.—(*Riendo.*) Para que diga usted que me defiendo. ¡Adiós! (*Cuando Norman va a retirarse, entra el Oficial.*)

OFICIAL.—Mi general... Con permiso... Una visita... (*Norman se queda aparte junto a la mesa donde el general dejó el libro. El Oficial habla al oído de Aurelio.*)

AURELIO.—¡Pero hombre! ¡Sin avisarme! (*Se vuelve a Norman, que hojea el libro que dejó Aurelio.*) ¡Hasta la vista!... ¡Ah! ¿Es usted curioso?

NORMAN.—De profesión.

AURELIO.—¿Ha dado usted con algún secreto grave?

NORMAN.—No me comprometerá mucho saber que lee usted "Los tres mosqueteros".

AURELIO.—Prefiero eso a Plutarco. Me habla más a la imaginación. (*Al Oficial.*) Acompañe a este caballero.

(*Norman, con el Oficial, sale de la tienda. Al ver a las dos mujeres, detiene el paso, duda. El Oficial le apremia, tomándole por un brazo. Se marchan por el foro. El duque se reajusta el uniforme, echa una mirada por la tienda y sale, afectando solicitud, al encuentro de Diana. Reverencia. Le besa la mano.*)

ESCENA TERCERA

AURELIO.—Señora...

DIANA.—Duque, es urgente que hablemos.

AURELIO.—Me disponía a visitarte, como de costumbre, en el alojamiento. Asuntos graves...

DIANA.—Retira a esa gente.

AURELIO.—Te suplico que favorezcas mi tienda. (*Entran en la tienda Diana, Aurelio, la dama y el Oficial de escolta.*)

DIANA.—Solos.

AURELIO.—(*Con una indicación a la dama y al Oficial.*) Aquí pueden esperar. (*La dama y el Oficial pasan al departamento más interior. Aurelio, a distancia de Diana, afecta gravedad y repeto. Pausa.*)

DIANA.—¿Qué crimen preparas?

AURELIO.—No entiendo.

DIANA.—¡¡Qué crimen preparas!!

AURELIO.—Si llamases a las cosas por su nombre, te entendería.

DIANA.—¡Matas a Lorenzo!

AURELIO.—La ley me lo impone.

DIANA.—La ley de tu venganza y de tu envidia.

AURELIO.—Nada tengo que vengar en Lorenzo. ¿Qué puedo envidiarle?

DIANA.—Te vengas del terror que has pasado. Le envidias su juventud, su valor. Te estorba y lo asesinas.

AURELIO.—El juego era a muerte o a vida. Ha perdido. Le toca morir.

DIANA.—En tu corazón no queda una fibra sensible.

AURELIO.—Sí quedan: sensibles a otras cosas que a tu piedad de mujer.

DIANA.—Yo no imploro piedad. Exijo que respetes su vida si no quieres infamarme.

AURELIO.—(*Con curiosidad.*) ¿Infamarte?

DIANA.—Por mí está en tus manos... ¡Casi lo he entregado yo! ¿Quieres que su sangre caiga sobre mí, que consienta, siquiera sea callando, en una muerte inicua por premio de su lealtad?

AURELIO.—Lorenzo era nuestro sin remedio, y una vez preso, tú no tienes poder alguno para torcer su suerte.

DIANA.—¡Lo matarás!

AURELIO.—El fallo es inapelable.

DIANA.—Moriré con él.

AURELIO.—Caso imposible.

DIANA.—Me arrastraré a pedir clemencia a tu Gobierno. Si queréis una víctima, yo me ofrezco.

AURELIO.—Yo sé que guardarás tu dignidad; pero si no quieres guardarla, te obligaré.

DIANA.—¿Cuidas tú de mi dignidad? ¿Qué te debe a ti?

AURELIO.—La advertencia de moderar una protección tan apasionada.

DIANA.—Me apasiono por salvar una vida generosa. ¿Sería más digno abandonarla?

AURELIO.—Sería más conforme al carácter de Lorenzo. Si pierde la vida por ti, Llóralo en silencio, pagarás la pena de tu soberbia.

DIANA.—Un dolor tan fuerte me quitará la vida.

AURELIO.—¡Ay, Diana! Veo que nunca has medido tu responsabilidad. La guerra te ha parecido un torneo caballeresco, hasta que el arpón de la guerra se clava donde te duele. ¿Ahora gimes, ahora pides clemencia? ¿Ignoras que miles de corazones padecen por culpa tuya una herida atroz? Ofréceles tu dolor y pídeles perdón.

DIANA.—Aquello era la guerra.

AURELIO.—Y éste es el fruto.

DIANA.—Lorenzo no es un soldado oscuro.

AURELIO.—¿A ti, qué te apasiona? ¿La injusticia que voy a cometer con Lorenzo, o ese mérito extraordinario que le das? Lorenzo prometía en sus proclamas despedazarme atado a la cola de cuato caballos, en castigo de lo que él llama mis perjurios. ¡Habrá bárbaro! Si fueses la reina, y yo prisionero de Lorenzo, y quisiesen despedazarme, ¿verías en mi verdugo la venganza, la envidia? ¿Me habrías librado de su garra?

DIANA.—Te habría dejado la vida por desprecio.

AURELIO.—Gracias, Diana. Y gracias también a la fortuna, que me ha librado de caer tan bajo en tu estimación.

DIANA.—Ilusiones.

AURELIO.—No. Me aborreces un poco. Me mandas un odio que mi corazón de viejo puede resistir sin quebrantarse. Odios más te-

rribles se han estrellado en mi pecho. No me desprecias. Mi posición, mi poder, no son despreciables para ti, que los buscabas mayores.

DIANA.—(*Con abatimiento.*) ¡No te prives del placer de humillarme!

AURELIO.—(*Afectuoso.*) ¿Qué dices? Yo no tengo para ti sentimiento malo, ni caigo en la grosería de recordarte tu infortunio. Te respeto, no sólo por tu rango: porque eres mujer y estás afligida. (*Diana llora.*) Abrázate con tu tristeza, ámala y llora; padecerás menos. (*Diana, sollozando, se deja caer en un asiento.*) El deber es penoso... ¿Llamo a tus gentes?... Podemos aplazar la conversación... (*Pausa. Diana procura rehacerse.*)

DIANA.—(*Sofocando el llanto.*) ¡Aurelio!...

AURELIO.—Te escucho.

DIANA.—¿Qué esperas de mí?

AURELIO.—Que seas razonable.

DIANA.—(*Titubea.*) Aurelio... ¿Conservas memoria de mi padre?

AURELIO.—La venero.

DIANA.—El te sacó del montón.

AURELIO.—Descubrió en mí un hombre útil, y tuvo la generosidad de ponerme en situación de hacer carrera.

DIANA.—Debes a mi casa cuanto eres.

AURELIO.—Sería descortés regatear la deuda.

DIANA.—Quizás conserva alguien en mi casa la generosidad de mi padre.

AURELIO.—¡Ah! Ese es otro cantar. (*Con una risita.*) Has tratado de imponerte; ahora intentas el soborno. Me dejo; a ver, corrómpeme. (*Pausa.*)

DIANA.—¿Qué haría yo?

AURELIO.—Nada puedes ofrecerme que me tiente.

DIANA.—¿Nada?

AURELIO.—Vas a verlo. Yo tengo las pasiones de mi edad. ¿Cuál crees que me domina? ¿La ambición de mando, los honores? Tú no puedes subirme más alto.

DIANA.—Ni yo ni nadie.

AURELIO.—Te engañas. Me subiré yo.

DIANA.—¿Más aún?

AURELIO.—El último peldaño.

DIANA.—¿Qué vas a ser?

AURELIO.—Rey.

DIANA.—¿Eh?

AURELIO.—Voy a ser rey.

DIANA.—¿Dónde?

AURELIO.—Aquí, en nuestro país.

DIANA.—Estás borracho.

AURELIO.—Hoy lo has de ver.

DIANA.—¡Bah! ¡Qué bufonada!

AURELIO.—Los delegados de los partidos monárquicos han venido a ofrecerme la corona.

DIANA.—¿Y tú?

AURELIO.—Acepto sin escrúpulos.

DIANA.—¿Y el ejército?

AURELIO.—Harto de revolución, le parecerá bien una corona; si yo me la ciño, mil veces bien.

DIANA.—No... Aurelio... ¿Es en serio?

AURELIO.—Como esta es luz. Hoy lo has de ver.

DIANA.—(*Descomponiéndose; con risa forzada.*) ¡Ah! ¡Canalla!... ¡Ja! ¡Ja! ¡Tú..., rey! ¡Su Majestad Aurelio Primero!... ¡Su Majestad!...

AURELIO.—¿Te ríes? ¡Y yo que retrasaba la noticia por no disgustarte!

DIANA.—¡Si es muy cómico!... Aurelio Primero... ¡Canalla! ¡Te quedaba eso por deshonrar!

AURELIO.—¿Me pedirán cuenta tus abuelos?

DIANA.—Sancho Panza..., entrarás sobre un jumento en Barataria.

AURELIO.—Entraré con cien mil hombres que están a mi mandar.

DIANA.—¿Tendrás ama de llaves, majestad?

AURELIO.—(*Riendo.*) Seré un rey de leyenda; paz con los príncipes, protección a las artes, amistad con los poetas que me hagan versos bonitos, palacios de maravilla, bosques encantados! ¡Quizás una princesa muy brava no desdeñe compartir el tálamo del rey!

DIANA.—Jugarás a las cartas con los Doce Pares.

AURELIO.—Me ungirán con el óleo sagrado, y tendré potestad de hacer milagros, como el santo gótico fundador de tu dinastía. Sanaré las llagas de los pobres con la imposición de manos.

DIANA.—Rey de la baraja: eso serás.

AURELIO.—(*Con exaltación, acentuando el sarcasmo.*) ¡Sígueme en este delirio de hombre razonable y admira los cálculos de mi prudencia! ¡Mírame ya con el perfil de la Historia! ¡Contémplame en medallas, en arcos triunfales, en estatuas! El pueblo reinará conmigo: seré ídolo del pueblo. De un rey magnánimo como yo, nada temas. Daré una amnistía para que vivas en mi capital. (*Transición a un tono bajo y confidencial.*) Cuenta con una pensión secreta.

DIANA.—¡Qué oprobio!

AURELIO.—¿Has cesado de reír? Yo, no. Alégrate también; a mi majestad popular le conviene aliarse con la majestad histórica. Pediré tu mano y...

DIANA.—¡Bellaco!

AURELIO.—¿Desoyes la razón de Estado?

DIANA.—Insultas a una mujer.

AURELIO.—Te repugna un marido viejo. (*Ríe.*) ¡No eres capaz de enamorarte de mi genio! (*Ríe.*) Pero tú ofrecías un sacrificio para salvar al Estudiante, y yo respondo con una promesa de boda.

DIANA.—No queda ningún sentimiento mío que no hayas ultrajado.

AURELIO.—Reflexiona. Tú querías ganarme; repetiré la palabra: corromperme. Con riquezas, honores y mando no sería, como has visto. ¿Con qué?

DIANA.—Esperaba que mis súplicas pudiesen algo contigo.

AURELIO.—Las súplicas pueden ablandar; pero no corrompen. Tú no suplicabas. Querías la salvación de Lorenzo a cambio de un premio. ¿La quieres aún? (*Insinuante.*) No tienes más que tu persona.

DIANA.—(*Levantándose furiosa.*) ¡Miserable!... ¡Tu vista me mancha! ¡Qué vergüenza!

AURELIO.—No me has entendido.

DIANA.—¡Cállate!

AURELIO.—Haya paz. Por todos los medios soy incorruptible. La Historia me dará ese sobrenombre... Quería hacerte notar que apenas eres dueña de tu persona.

DIANA.—Acaso soy tu esclava.

AURELIO.—No, porque mi corazón, ya viejo, está en calma. Si fuese un animal turbulento como el Estudiante, ¿quién te valdría?

DIANA.—Asco sí me das; pero no miedo.

AURELIO.—No corres peligro. (*Se sienta.*) En otros más serios te has visto.

DIANA.—No te importa.

AURELIO.—Me importaría que no hubieses salido de alguno de ellos tan... graciosamente como de este encuentro.

DIANA.—Mi persona nunca ha estado en peligro.

AURELIO.—Quizás no lo echastes de ver, si Lorenzo es, como dices, un caballero andante.

DIANA.—Lorenzo habría dado cien vidas por sacarme de un riesgo.

AURELIO.—No hagamos equívocos. Lorenzo era tu defensor. De él, ¿quién te defendía?

DIANA.—¿Era un peligro para mí?

AURELIO.—El más grave.

DIANA.—¡Aurelio!

AURELIO.—Escaparte con Lorenzo fué una imprudencia y una piña. Mirando por tu reputación, he procurado desfigurar el caso y embarullar a los curiosos para que no averigüen lo que pasó.

DIANA.—No pasó nada.

AURELIO.—Tú misma no has de contarlo.

DIANA.—Corríamos a nuestra salvación.

AURELIO.—Corrías a perderte.

DANA.—¿Es algún forajido?

AURELIO.—Mucho peor: es un hombre con prestigio sobre tu alma. Lo de menos era la noche, la soledad en la sierra, la ocasión propicia; eso habría sido un lance grosero, indigno de ti. Pero había, de una parte, la fascinación del héroe, mudada en ternura por su vencimiento, en piedad por tanto sacrificio; y de otra, la arrogancia, la ambición sin límites de Lorenzo, espoleado por la muerte, que le iba a los alcances. El peligro común os envolvía en sus alas y os acercaba el uno al otro. (*Con misterio.*) ¿No fué así? ¿No te habló de amor?

DIANA.—Sí.

AURELIO.—Yo lo estás viendo.

DIANA.—Me dijo: Aurelio es el mal. Aurelio es podredumbre.

AURELIO.—¡Bah! Sentencias de fanático. ¿Yo soy podredumbre?

DIANA.—Tu alma es un cenagal. ¿Y yo he querido sobornarte? Es llevar agua a la mar. La corrupción mana de tus labios. Donde llega tu voz los sentimientos nobles se contaminan. ¿Qué curiosidad indecente te mueve a profanar mi recato de mujer? ¿Y quién eres tú para juzgar mis inclinaciones?

AURELIO.—No siento curiosidad. No juzgo lo que pasa en tu alma. Mi deber consiste en hacerte ver lo que en ella pasa. ¿Por qué había de querer lastimarte? Tengo para ti un sentimiento paternal... (*Se levanta, toma las manos de Diana y las palpa cariñosamente.*) Sí, Diana, créeme. No quisiera ver mal empleados tus sentimientos; pero aunque los empleases mal, nada diría si fueses mujer particular. Considera que, por tus destinos futuros, el corazón debe ser esclavo de la política.

DIANA.—La desgracia me ha devuelto la libertad.

AURELIO.—Quizás te engañes. Escúchame bien y acabarás de comprender. (*Se sienta a su lado; baja la voz.*) Si aquella noche..., la de tu captura..., hubiese ocurrido... lo que no ocurrió..., ¿cuál sería tu situación si..., vamos a suponerlo..., si... hubieses de reinar?

DIANA.—¿Vuelves a tu bufonada?

AURELIO.—No. Lo de pedir tu mano fué una diversión... polémica.

DIANA.—Entonces, ¿qué he de comprender?

AURELIO.—(*Confidencial.*) Imagínate, para pesar mi argumento y la ligereza que has cometido, cuál sería tu situación con Lorenzo si fueses reina...

DIANA.—No he cometido ninguna ligereza ni voy a ser reina.

AURELIO.—Yo no he dicho aún que hayas de serlo... ; puedo suponer que lo serías... si yo quisiese.

DIANA.—¿Cómo?

AURELIO.—Extremaré las cosas para que veas si tengo razón. Tratemos... como si ya estuviese queriéndolo.

DIANA.—¡Lo quieres!

AURELIO.—Soy, como si dijéramos, el gran elector de esta corona. Puedo escoger.

DIANA.—Escogerías a otro: a ti mismo.

AURELIO.—He aprendido de la gente de mi pueblo que no conviene estirar los pies fuera de la manta. Más claro: acepto posiciones que puedo dominar con holgura; no las quiero si me dominan, aunque pueda sostenerlas.

DIANA.—Yo no sé qué pensar de ti. Eres el caudillo de la revolución; me derrotas, y al día siguiente, como quien dice, me insinúas que puedes regalarme la corona.

AURELIO.—Nunca la has tenido más cerca. Lo que llamas tu derecho sólo ha servido para encumbrar al Estudiante. Lorenzo es tu mayor enemigo... ¡Oye con calma! Es muy popular entre la gente baja, pero el resto de la nación lo detesta, y de rechazo a tu causa. Triunfar en la guerra no hubiera sido triunfar tú, sino Lorenzo y cuanto él representa. Había que separar tu causa de la suya. Si subieses al trono elevada por nosotros, que representamos la conciliación y la paz, el caso ya no sería el mismo.

DIANA.—¿Eso podría hacerse?

AURELIO.—Los señorones que han venido de la capital y los generales con mando esperan mi decisión. Se contentaban conmigo, que soy un soldadote, y para muchos un émulo. ¿No ha de parecerles mejor una reina graciosa?

DIANA.—Barrunto en tus planes no sé qué combinación turbia que me deshonre. Fuiste perjuro a mi padre. ¿Qué no harás conmigo?

AURELIO.—¡Oh, oh!, ¡Diana! Procura enfriar los vocablos. Perjuro no es más que un dicterio político. Cuando yo me puse frente a ti me llamabais perjuro; el pueblo me aclamó salvador de la patria. Si te diese la corona pensarías que era devolverte lo tuyo; la revolución y sus hombres me llamarían a su vez perjuro. Dejemos a un lado esa palabrota, que va de unos labios a otros, según de donde sopla el viento.

DIANA.—Si para ti no hay razón, ni sinrazón, ni verdad jurada, ¿qué fe mereces?

AURELIO.—¿Fe? Ninguna. Yo no pido que me tengas fe, sino que veas y entiendas. La verdad y la fe no son de nuestro reino. Los años y los muchos azares me han hecho filósofo; he aprendido que

la inteligencia no sirve para encontrar la verdad, sino para conducirse en la vida.

DIANA.—¿De suerte que mis derechos, el sacrificio de mis parciales sólo servirían para que tú, autor de mi ruina, me entregues de limosna lo que me pertenece?

AURELIO.—Esa es la voz del orgullo.

DIANA.—Forma parte de mi ser.

AURELIO.—No siempre el orgullo es una pasión útil; pero podemos hacer que lo sea. El orgullo es una pasión pública, de gran aparato. Hay posiciones y caracteres que no se sostendrían en la consideración ajena sin la defensa del orgullo. Pero en el secreto del alma no admitas al orgullo; es un enemigo, un enemigo costoso. Para ti misma no seas orgullosa: estarías sorda y ciega. Al jugarse tu felicidad deja al corazón decirte sus deseos, aunque diga una bajeza.

DIANO.—Ni siquiera disimulas que aceptando me rebajaría.

AURELIO.—No es rebajarse ni ensalzarse. Sigues la línea normal de tu vida. ¿Has resuelto ya?

DIANA.—(*Confusa.*) ¿De pronto?... He de pensarlo...

AURELIO.—Si he descubierto mi juego es para terminarlo ahora mismo. ¿Sí o no?

DIANA.—(*Muy apurada.*) ¡Oh, Aurelio!

AURELIO.—Si aceptas tomaré la responsabilidad de aconsejarte, como primera gracia de tu reinado, el indulto de Lorenzo; si rehusas Lorenzo no verá la luz de mañana. ¿Qué dices?

DIANA.—(*Abatiéndose.*) ¡Sí!

AURELIO.—¡Gracias, Diana! (*Se inclina, le besa la mano.*) Gracias, reina, porque ya lo eres. (*Se yergue con resolución.*) Manos a la obra. (*Con acento imperioso.*) ¡Hola, uno! (*Los dos oficiales que estaban fuera de la tienda se precipitan. Uno entra en la tienda; el otro no pasa del umbral.*) Va usted a llevar una orden. (*Se sienta y escribe.*)

DIANA.—(*Abatida, en el mismo lugar, divaga. Se interroga y se responde. Es un diálogo en su conciencia que debe representarse marcando la duda y los reproches.*) De buena gana me volvería atrás... ¿Por qué habré dicho que sí? Yo no quería...

—No te mientas..., no te mientas...

—Es verdad que salvo a Lorenzo...

—...también es verdad que no he aceptado por salvarlo.

—El duque me apremiaba...

—Ese viejo carcamal presume de hábil y creerá haberte decidido con la amenaza..., como no sea que haya querido darte un pretexto para aceptar... Al decir que sí no tenías presente la muerte de Lorenzo... ¡Anda! Confiésalo, mujer...

—Es verdad..., yo sola...

—Ahora no puedes descargar en otro lo que has hecho...

—...¿Es malo?... ¿Es feo?...

—¿Por qué no estás contenta?... ¡Si lo deseabas!

—Tanto por él como por mí; ¡estoy segura! Si yo renunciaba a todo por Lorenzo..., ¿por qué este sinsabor, esta amargura, ahora que voy a tenerlo todo y además a él?... ¡Oh, Lorenzo, Lorenzo! ¡Es que estoy tan lejos de ti! ¡Tus brazos me devolverán la paz!... ¡Mía es la corona, pero tú solo eres mi rey!...

AURELIO.—(*Al oficial.*) Entregue usted este pliego al general jefe de Estado Mayor y añádale de palabra que en cuanto estén circuladas las órdenes se me presente aquí con las comisiones. (*El oficial saluda y se va.*) Vaya usted (*dirigiéndose al otro oficial.*) a decir al coronel ayudante que traiga aquí a Lorenzo antes de ponerlo en capilla. (*El oficial saluda y se va.*)

DIANA.—(*Recobrándose de su divagación, con sobresalto.*) ¿Lorenzo va a venir?

AURELIO.—Dentro de un instante.

DIANA.—No quiero verlo ahora.

AURELIO.—Es inexcusable.

DIANA.—¿No sería mejor que lo supiese todo... después?

AURELIO.—De ningún modo. Para Lorenzo el tiempo se ha parado en el punto de su captura. Para nosotros, para ti sobre todo, el tiempo ha corrido mucho. Es preciso que Lorenzo, de un salto, se ponga donde estamos. (*Riendo.*) Es probable que el salto le produzca un ligero vértigo... Por eso mismo afronto la situación. El pedía verme; ahora la conversación podrá ser más agradable.

DIANA.—No puedes apreciar el sacrificio que me impones.

AURELIO.—Te impongo que lo veas delante de mí, a sabiendas de que es un sacrificio.

DIANA.—¿A sabiendas?

AURELIO.—La noche de tu captura un hombre, un oficial de Lorenzo, agonizaba a tus pies. ¿Lo recuerdas?

DIANA.—Sí.

AURELIO.—Aquel hombre, antes de morir, te maldijo.

DIANA.—¿A mí? ¿Por qué?

AURELIO.—Desvaríos del fanatismo. Tú eras a sus ojos la Causa, el Ideal; tu misma persona debía de parecerle un ser casi divino. En servicio tuyo encontraba la muerte; y en su agonía tú te descubriste mujer y le dijiste palabras que eran en desprecio de su ingenua lealtad y un insulto a su sacrificio. Yo hablé con aquel hombre. Lo que él me contó, lo que tú le dijiste, ¿era verdad?

DIANA.—Lo era..., lo es.

AURELIO.—Ahí tienes una verdad que dejará de serlo. Es menester que Lorenzo lo haya soñado.

DIANA.—Puesto que tú no tienes la ingenua lealtad de aquel infeliz, y sabes que soy mujer, te prohibo que vuelvas a hablarme de esa noche.

AURELIO.—Verás cómo es imposible hablar de otra cosa.

DIANA.—¿Lo dispones tú?

ESCENA IV

LORENZO.—(*Que ha entrado, fuera de la tienda, con el ayudante y dos soldados.*) ¡Sí! ¡Vamos! Vamos...; tengo yo más prisa que nadie... ¡Ah! ¿Esta es su tienda? ¡Duque Aurelio, sal, que pasa tu enemigo!

AURELIO.—(*En la tienda, a Diana.*) ¡Pschist! Calla. Ahí tienes a Lorenzo.

AYUDANTE.—(*Que ha entrado en la tienda; Lorenzo y los soldados se quedan fuera.*) Aquí está,

AURELIO.—Que entre solo.

LORENZO.—(*Fuera de la tienda.*) ¿No permites que cumpla una justicia antes de morir? ¡Duque Aurelio! ¡Mucho tardas! (*El ayudante, que sale de la tienda, con un ademán le hace pasar.*) ¿Dónde estás, verdugo? (*Entrando.*)

AURELIO.—(*En la parte opuesta a la entrada de Lorenzo; Diana, en el fondo, entre los dos.*) Repórtate. No estamos solos. (*Mostrando a Diana.*)

LORENZO.—¡Diana! ¿Tú aquí? (*Se repone de la sorpresa, y cambiando el tono se dirige a ella apasionadamente.*) ¡Diana! ¡Reina mía! ¿Por qué prodigio alcanzo a verte aún?... (*Diana le contiene afectando frialdad, y le tiende una mano. Lorenzo se arrodilla y la besa. Diana no se atreve a mirarlo. Aurelio los observa. Pausa.*) Diana, mi amor. Apenas te ven mis ojos hay luz en mi alma. Ya siento en ella el milagro de tu presencia. ¿Qué suavidad viene de ti? La furia se amansa, los rencores que me ennegrecen la sangre se han disipado. ¿Por qué no me miras? Dime que aun vivimos nuestro sueño, y el tiempo que me separa de la muerte será para mí eterno, venturoso...

AURELIO.—No hay que soñar. La realidad será para ti menos triste y menos feliz de lo que supones.

LORENZO.—(*Irguiéndose, furioso.*) ¿Tú estás ahí? ¡Huye, verdugo! ¡Que no oiga yo tu voz!

DIANA.—Lorenzo, no más odio. Te hemos llamado para hacer la paz.

LORENZO.—(*Al duque.*) ¡Cobarde! ¡Has traído una mujer para defenderte!

AURELIO.—¡Qué niñería! ¿Piensas que estoy a merced de tu cólera?

DIANA.—(*A Lorenzo.*) Aunque así fuese. Mi amor no puede suplicarte en vano.

AURELIO.—(*Burlón.*) ¿Verdad que se engaña, Lorenzo? ¿A cuál de los dos buscas con más ímpetu: a Diana o a mí?

LORENZO.—Perdóname, Diana. Tu amor ya lo tengo; es mi vida. Pero mientras este hombre aliente, algo me estorba en la vida, por poco que dure.

DIANA.—¡Así me quieres!

AURELIO.—(*Desdeñoso.*) Ya ves a quién has hecho dueño de tu persona.

DIANA.—¡Eso, no, Aurelio! Como quiera que sea, no reniego de él. ¿Y tú (*A Lorenzo.*) me rebajas de ese modo? ¿Ya no soy lo primero en tu alma?

LORENZO.—Diana, sí. Soy torpe, soy loco. Compadécame. Aurelio se vale de mi odio para separarme de ti. Sácame del corazón la espina del odio. Dame de tu generosidad, de tu dulzura, y verás cómo sé perdonar y olvidar. Si tu amor me sostiene volveré a ti y aceptaré la muerte en paz, tan feliz como en tus brazos.

DIANA.—No hables más de muerte. No podrá separarnos. ¿Crees tú que Aurelio, sabiendo que eres mío, querrá ser más riguroso que la muerte?

LORENZO.—(*Al duque.*) ¡Ah! ¿Tú sabes?...

AURELIO.—Por lo menos, lo que has revelado aquí mismo.

DIANA.—Sabe que nada te ha rehusado la mujer que te adora. (*Le echa los brazos.*)

LORENZO.—(*Lentamente.*) Veo más claro por qué quieres matarme...

DIANA.—¡Pero si nadie quiere ya matarte!

LORENZO.—(*Sin oírla.*) ...¡Es mi triunfo! ¡Ah, duque Aurelio, magnífico señor! Has sabido humillarme a los ojos del mundo, pero esta gloria no podrás quitármela. Me habría sido doloroso morir sin arrojártela a la cara. ¡Te he vencido donde nunca podrás ser competidor, y tú lo sabes! ¡Anda, viejo envidioso, mátame ahora!

AURELIO.—(*Con desdén.*) La vanidad, narcótico del miedo. ¡Admirable galán, Diana!

DIANA.—(*A Lorenzo.*) ¿Quieres oírme? Nadie piensa ya en matarte...; vivirás.

AURELIO.—Si fuese posible hablar contigo razanoblemente, sabrías ya que van a indultarte.

LORENZO.—De ti no acepto yo la vida.

AURELIO.—Tranquilízate. Cualquiera que sea mi opinión sobre el valor del regalo, Diana es quien te lo hace?

LORENZO.—¿Tú me salvas?

DIANA.—¿Tampoco lo quieres así?

LORENZO.—(*Se arrodilla ante Diana y le toma las manos.*) ¡Oh, Diana! ¿Qué te diré?... ¿Pero... has sido capaz... de suplicarle?

DIANA.—Y aun eso, Lorenzo, ¿estaría mal? ¿Qué puedes recibir ya de mí si no es tu propia vida? (*Según está Lorenzo de hinojos, Diana le acaricia la cabeza.*) Di, fiera, ¿te negarías a recibirla? Quiero saberlo.

LORENZO.—(*Humillándose.*) No.

DIANA.—Pues bien; no suplico, dispongo.

LORENZO.—¿Dispones?

DIANA.—Díselo tú, Aurelio.

AURELIO.—Esta misma tarde, por su propia voluntad, Diana te indultará... después que la proclamemos, reina.

LORENZO.—(*Tras un estupor.*) ...¡Proclamar!...

AURELIO.—Es la paz. Diana reinará. Concluyen las discordias.

LORENZO.—(*Aturdido.*) ...¿Por quién?... ¿Cómo?...

AURELIO.—Mi ejército la proclama. Realizamos las esperanzas del país.

LORENZO.—(*A Diana, sordamente.*) ¿Y tú consientes?

DIANA.—Es lo mejor... para nosotros..., para el pueblo... ¿No lo conoces?

LORENZO.—También te ha corrompido.

DIANA.—¡Lorenzo!

LORENZO.—¿Y yo he de someterme a esa vergüenza? ¡Jamás!

AURELIO.—¿Llamas vergüenza a conseguir pacíficamente lo que has perseguido en vano con la guerra?

DIANA.—¿No te contenta que se acaben mis trabajos?

LORENZO.—Profanas el sacrificio de tus leales. Nos haces traición. Tú eres el emblema de nuestro ideal; si te pasas al enemigo renegamos de ti y te desconocemos. Tu causa se queda con nosotros.

AURELIO.—Te ciega la soberbia. La presencia de Diana daba color a tu causa y la ennoblecía; separado de Diana o enfrente de ella, tú no eres más que barbarie, puro estrago. Habría que exterminarte.

DIANA.—No más exterminio, Aurelio; no hables de traición, Lorenzo. Todos seréis mis amigos, mis valedores.

LORENZO.—¡Bien avenidos estáis! ¿Lo mismo es para ti Lorenzo que Aurelio? Ese es tu campeón (*Por Aurelio.*), el que mereces, yo no.

AURELIO.—Si soy su campeón, me obligarás a imponerte respeto.

DIANA.—(*Afectuosa.*) Basta, Aurelio. Yo hablaré. Lorenzo se avendrá mejor conmigo. Tu exaltación no me enoja. ¿Qué sería enojarme con Lorenzo? Me conmueve. Tu alma generosa padece porque no eres tú quien me lleva al triunfo. Así tomo yo tus insultos. Nada te ordeno, aunque pudiera; te suplico que aceptes esta

paz por lo que he sido para ti. Ya ves que lo dejo en lo que fuí, no en lo que soy, si todavía soy algo en tu corazón.

LORENZO.—(*Dolorido.*) ¡Qué mayor crueldad podéis cometer conmigo! Yo te adoro, Diana, pero no quieras que mi amor asesine a mi conciencia. Déjame, para vivir queriéndote, algún respeto a mi propia vida. Si me rindiese no podría mirar atrás sin horror de mí mismo. ¿Vas a pedirme también ese sacrificio?

AURELIO.—El caso es sin remedio.

LORENZO.—Lo tiene. Quitadme la vida.

DIANA.—Deliras.

LORENZO.—¿Queda algo de mí? Un despojo. No quiero el indulto, Diana. ¡Lorenzo indultado por Diana! ¡Qué escarnio!

DIANA.—Si hubiese que optar entre la corona y tu vida elegiría tu vida. Por fortuna, no son incompatibles.

AURELIO.—(*Sarcástico.*) ¡Todo lo contrario! Gracias a mí, salvar la vida a Lorenzo ha sido el modo más rápido de llegar a la corona.

LORENZO.—¿Gracias a ti? Pues yo te digo que una vez he jurado ante Diana matarte con mis manos. Renuevo el juramento. No desperdicies la ocasión de librarte de mí, porque he de cumplirlo.

AURELIO.—Acabemos, Lorenzo. No te he llamado para que apruebes un convenio. Los que han de proclamar a Diana ya llegan a mi tienda. Haz como lo tengas pensado: entra en nuestro plan o recházalo, como quieras. Puedes quedar libre desde ahora o seguir preso hasta que se decida tu destino.

LORENZO.—Yo soy tu prisionero y reo de muerte. A eso me atengo.

DIANA.—Reo, no. Prisionero lo serás mío hasta dentro de poco. ¿Quieres dejarlo todo en mis manos? Respeto ahora tu dolor, pero no me creas ingrata. Yo te sanaré; ¿lo dudas? Te aguarda en la vida un porvenir grandioso, como lo habías soñado. Y en el triunfo de hoy te corresponde la mayor parte. Sin ti y sin tus leales, nada de esto sería posible. Así pienso declararlo.

LORENZO.—Señora, manda que me encarcelen; estoy pronto. Lorenzo el Estudiante ha muerto.

DIANA.—Encarcelar, no. Aurelio, dispón que lo acompañen a su alojamiento.

AURELIO.—(*Yendo hacia la puerta.*) Menos mal si este salvaje no nos agua la fiesta.

ESCENA V

(Durante la última parte de la escena anterior han ido situándose delante de la tienda de Aurelio grupos de militares y algunos paisanos, entre ellos NORMAN. Al salir, el duque los calma con un ademán, llama al ayudante y entra con él en la tienda.)

AURELIO.—Salgan por aquí. (*Mostrando el paso al interior de la tienda. Lorenzo hace reverencia a Diana y se va con el ayudante. Aurelio hace salir del interior de la tienda al oficial y a la dama que acompañaban a Diana al comienzo del acto. Diana queda al fondo de la tienda, con su séquito.*) Gracias, señora. (*A Diana.*) Tu conducta es admirable. Si me das tu venia, haré entrar a todos.

DIANA.—(*Con quebranto.*) ¡Oh, sí! ¡Pronto!

AURELIO.—(*Abre la tienda, y los que esperaban entran con prisa. Saludos militares, reverencias. Todos se alinean a ambos lados de Diana. Norman en primer término.*) ¡Camaradas! Las grandes victorias conseguidas por vuestro valor, han devuelto al país la tranquilidad que todos ansiábamos. Con lo hecho habéis ganado gloria inmortal, y los fastos de este ejército se grabarán con letras de oro en el libro de la patria. Pero nuestra obra quedaría incompleta si no la afianzásemos estableciendo la paz sobre bases duraderas. Mi convicción personal, la de mis compañeros de armas y la de estos dignos representantes de la opinión sensata del país, es que la paz sólo puede consolidarse enarbolando una bandera que concilie las tradiciones más gloriosas con las modernas ideas que nosotros hemos defendido y defendemos, a igual distancia de todos los fanatismos y de todas las exageraciones. La bandera es ésta. (*Toma una bandera de manos de un oficial y la despliega; es blanca, con flores de lirio.*) Es el emblema de una historia ilustre y de una dinastía muchas veces secular, de la cual tenemos delante y acatamos el último y más gracioso vástago. Yo no reconozco otra. Señora (*a Diana*), si te dignas entregarnos esta bandera, que desde hoy representa la alianza de tu casa con las conquistas del pueblo, juramos defenderla y defenderte hasta verter la última gota de nuestra sangre.

DIANA.—(*Muy turbada, tomando la bandera.*) Yo..., señores..., agradezco..., aceptaré (*estrecha la bandera contra el pecho*); mi corazón es de la patria... (*Devuelve al duque la bandera.*)

AURELIO.—¡¡Viva la reina!!

TODOS.—¡¡Viva!!

AURELIO.—Que icen la bandera sobre mi pabellón para que todo el ejército la vea. (*Entrega la bandera a un oficial, que se la lleva.*)

DIANA.—Duque de Quer, para honrar a todo este ejército en la persona de su caudillo, serás desde hoy príncipe de la Concordia.

AURELIO.—Beso tus plantas.

DIANA.—Y para que empiece a ser verdad la concordia, el que hasta ayer fué vuestro enemigo y mi general más glorioso, Lorenzo, será admitido en el ejército con los grados y honores que yo le había dado. (*Murmullos de aprobación.*)

AURELIO.—Nadie aprecia como nosotros los talentos y las virtudes de Lorenzo. Combatiéndolo, hemos aprendido a admirarlo. Lo recibimos fraternalmente, como buen compañero de armas.

UNO..—¡¡Viva la reina!!

OTROS.—¡¡Viva el príncipe de la Concordia!!

NORMAN.—(*Al ayudante.*) Es muy grande el duque. ¡Qué conductor de hombres!

AYUDANTE.—Y de mujeres, que es mayor mérito.

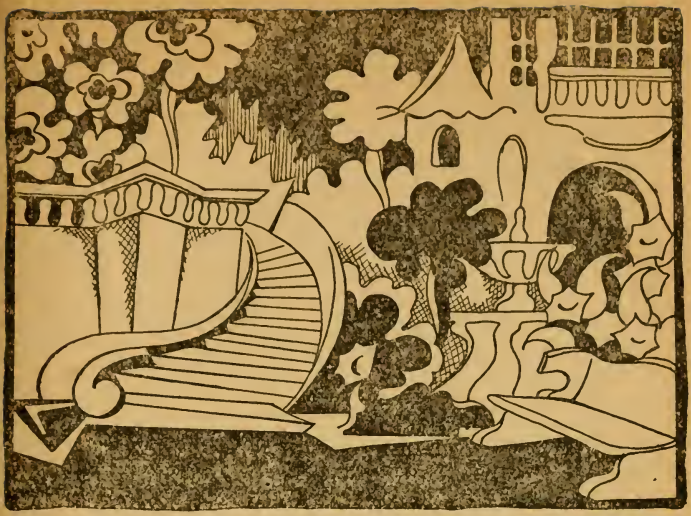
(*Dentro, y bastante lejos, suenan músicas, aclamaciones, salvas.*)

AURELIO.—Ya el ejército te aclama. Permite que besemos tu mano.

(*Primero el duque, luego los demás, besan la mano a Diana. La ceremonia se va haciendo con mucha rigidez y solemnidad mientras cae el telón. Dentro, siempre lejos, continúan las aclamaciones y las salvas.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

MERLO



ACTO TERCERO

Parque del palacio de Diana. En primer término, un jardín bajo; en segundo término, terraza practicable. A un lado del foro, parte del palacio. Anochece.

ESCENA PRIMERA

(*Un PAJE y una MENINA, en la terraza. En primer término, el MINISTRO DE POILCIA, de pie, junto al ARCHICANCILLER y el GRAN CHAMBELAN, sentados.*)

PAJE.—Ahora he de cobrarte la promesa.

MENINA.—¿He prometido algo?

PAJE.—Con los ojos.

MENINA.—Los ojos me calumnian.

PAJE.—Con la risa.

MENINA.—La risa es loca.

PAJE.—Me lo prometen aún.

MENINA.—No me doy cuenta.

PAJE.—Retoza en tus labios un deseo que me llama.

MENINA.—Lo entiendes mal; no le hagas caso.

PAJE.—¡Yo adoro a una niña que al parecer conocía las señales del amor, y descubro que las hace sin saberlo!

MENINA.—¿Me quieres por niña? ¡Qué fastidio!

PAJE.—Quiero tus pasiones de mujer.

MENINA.—Así me gusta.

PAJE.—La primera me pertenece.

MENINA.—Soy puro hielo.

PAJE.—¿Por qué te enciendes y de pronto pierdes el color?

MENINA.—Será una magia de este anochecer.

PAJE.—¿Tu corazón aletea solo entre dos luces?

MENINA.—Mi corazón duerme el sueño de los inocentes.

PAJE.—Me gustará sorprenderlo en su escondite, y despertarlo a besos.

MENINA.—Eso que me has dicho, ¿es muy atrevido?

PAJE.—A más alcanza el pensamiento.

MENINA.—No es hora de pensamientos malos. Déjalos para la noche cerrada.

PAJE.—Venturosa noche, si lo entiendo bien. Toda tú serás de aroma; respiraré una flor.

MENINA.—¿Yo soy flor?

PAJE.—Y pájaro, nube y ensueño. Lo gracioso y lo amable.

MENINA.—Lejano todo, si no es la flor.

PAJE.—Acércate, y me pagas la promesa.

MENINA.—¿Qué he prometido?

PAJE.—¡Psch! Un regalillo de tu boca.

MENINA.—Besarme en los labios, ¿es para ti cosa de nada?

PAJE.—No. Es el placer. Lo más serio que podemos esperar uno de otro. Tan serio, que al borde de un beso ya no te ríes..., tiemblas. (*La besa.*)

ARCHICANCILLER.—Miren aquellos dos. Se creen solos en el mundo.

MINISTRO DE POLICIA.—Todos hemos sido jóvenes.

CHAMBELAN.—¡Ay! ¡Aunque no lo parezca!

ARCHICANCILLER.—No consiste en la edad, sino en la buena crianza. En otro tiempo no se veían aquí ciertas cosas.

MINISTRO DE POLICIA.—Presumo que en la corte antigua, hombres y mujeres tampoco resistirían al deseo de agradarse.

CHAMBELAN.—Desde cincuenta años antes de la revolución frecuento esta casa. Nunca se consintió en ella otros amores que los legales, sancionados por la religión y sujetos a la etiqueta.

ARCHICANCILLER.—Ni aquí estamos libres de relajación, gracias al duque, que ha llenado con tránsfugas de la demagogia la corte de Diana.

MINISTRO DE POLICIA.—No acepto el reproche. Yo tuve el mi-

nisterio de Policía durante la revolución, y el duque de Quer, mi señor y mi dueño, me sostiene en el cargo; pero no soy tránsfuga: soy un técnico, es decir, hombre neutral. Aplico mi tecnicismo a sostener el orden que impera. Mantuve el orden de la revolución, y hoy el que todos acatamos. Sigo los principios del duque Aurelio.

ARCHICANCILLER.—Nunca había oído decir que el duque fuese hombre de principios.

CHAMBELAN.—Pongamos que tiene el principio de no profesar ninguno. Es un principio fecundo como el que más. El duque lo prueba.

ARCHICANCILLER.—El flamante príncipe de la Concordia será siempre un advenedizo. Se comprende el tono que ha dado a la corte.

MINISTRO DE POLICIA.—Yo encuentro natural que Diana, en la flor de la edad, se rodee de gente placentera.

ARCHICANCILLER.—Es una criatura frívola.

MINISTRO DE POLICIA.—¿Frívola? Yo la creo apasionada.

ARCHICANCILLER.—Es igual, si se apasiona por cosas fútiles.

CHAMBELAN.—¿Y ese afán malsano de agradar al vulgo?

ARCHICANCILLER.—La fiesta de esta noche es un síntoma. ¡Abrir los jardines reales al populacho! ¡Quién sabe lo que puede ocurrir!

MINISTRO DE POLICIA.—Vendrá un populacho selecto. Personas solventes. Ningún invitado paga menos de cincuenta escudos anuales de contribución directa.

CHAMBELAN.—El señor archicanciller piensa, sobre todo, en los ultrajes a la moral.

ARCHICANCILLER.—¡Si el augusto padre de Diana levantara la cabeza!...

MINISTRO DE POLICIA.—Yo no lo alcancé. ¿Fué tan severo como dice la fama?

ARCHICANCILLER.—Un varón prudente y justo.

CHAMBELAN.—Un Marco Aurelio, con la piedad de San Luis.

MINISTRO DE POLICIA.—El ejemplo no es bueno. A Marco Aurelio lo engañaba su mujer.

CHAMBELAN.—Pero él no lo supo, que, a saberlo, no lo hubiese consentido.

MINISTRO DE POLICIA.—¡Ah! Claro.

ARCHICANCILLER.—¡Y qué rigor en las costumbres! En veinticuatro años de viudez no se le conoció el menor pasatiempo.

CHAMBELAN.—Era parco en la mesa, sin más golosina—lo recuerdo muy bien—que tomarse después de cenar unos bizcochos mojados en vino de España.

ARCHICANCILLER.—Tan respetuoso con las leyes, que para sor-

ber polvo de tabaco se escondía de nosotros, solamente porque el tabaco en polvo era entonces género de contrabando.

MINISTRO DE POLICIA.—Diana emulará las virtudes de su ilustre padre y nos dará un gran reinado.

CHAMBELAN.—¡Hum! Virtudes..., virtudes..., podrá tenerlas todas; pero ¿las usa?

ARCHICANCILLER.—¡Prudencia, chambelán! Es una señora respetable.

CHAMBELAN.—¡Oh!... ¡No lo dudo! Pero... ¿por qué no se casa?

MINISTRO DE POLICIA.—De eso trata el duque.

CHAMBELAN.—Median influencias perniciosas.

ARCHICANCILLER.—¡Basta! Es terreno vedado.

ESCENA II

(El crepúsculo ha ido apagándose; en la terraza se destacan las siluetas del PAJE, de la MENINA y de LORENZO, que ha entrado, de gran uniforme.)

LORENZO.—Dime, niña, ¿tu señora está en el parque?

MENINA.—Señor, sí.

LORENZO.—¿Con mucha gente?

MENINA.—Algunas damas.

LORENZO.—Si te doy un encargo, ¿se lo llevarás?

MENINA.—Volando como un pájaro. *(Ríe.)*

LORENZO.—Le dirás aparte estas palabras: el Desdichado quiere hablarte a solas.

MENINA.—¿El Desdichado?

LORENZO.—Es una broma que traemos.

MENINA.—¡Qué broma fúnebre!

LORENZO.—Como yo.

MENINA.—¿Tú mismo eres el Desdichado, señor?

LORENZO.—¿No se me conoce?

MENINA.—Nunca he visto la cara de la desdicha.

LORENZO.—Feliz tú.

MENINA.—Espero serlo tanto, que sólo de esperar lo soy un poco.

LORENZO.—Eres graciosa.

MENINA.—Lo creo, porque lo dicen todos.

LORENZO.—*(Al paje.)* ¿Se lo has dicho tú?

PAJE.—Una vez sola, y me ha creído.

LORENZO.—¿Eres su amante?

PAJE.—¡Ay, no! Yo la adoro, pero su corazón es tan joven que no me lo agradece.

LORENZO.—¿Agradecer? Mal camino. Amale, niña, y no agra-

dezcas nada ni le admires. Sobre todo, no le admires. Sólo se ama puramente a ciegas, de un corazón a otro.

PAJE.—¿No te enternece el consejo de tan gran señor?

LORENZO.—¿Me conocéis?

MENINA.—¿Y quién no?

LORENZO.—¿Os doy miedo?

PAJE.—¡Miedo! Tus palabras son benignas como el genio de esta noche.

MENINA.—Quisiera traerte un mensaje que te hiciese olvidar aquel mote.

LORENZO.—Mi corazón reposa por última vez en vuestra simpatía. Vosotros me seréis testigos de que Lorenzo, el ogro de Lorenzo, quería que alguien fuese dichoso.

PAJE.—Si mañana podemos decirte que lo somos, señor, míralo como obra tuya.

LORENZO.—No pienses ya en mañana. Goza tus horas segundo por segundo, y no las destroces. En una noche gané yo el paraíso y lo perdí para siempre.

PAJE.—Basta para ser feliz haber tenido una vez el paraíso.

LORENZO.—Sí basta, a condición de morir en seguida.

MENINA.—¡Qué amargura!

LORENZO.—Niños, no estéis más conmigo. La tristeza es contagiosa.

MENINA.—Vamos a que tu embajada se contagie de nuestra alegría. (*El paje y la menina descienden al primer término; Lorenzo los mira alejarse y se oculta luego.*)

ESCENA III

PAJE.—(*Bajando la voz.*) ¡Qué secreto tan grande hemos descubierto!

MENINA.—Secreto a voces.

PAJE.—Ya no le quiere.

MENINA.—Se llama el Desdichado.

PAJE.—Pues yo no lo soy contigo.

MENINA.—Porque tú, en vez de recordar, esperas.

PAJE.—¿Espero bien?

MENINA.—Calla. (*Van a pasar por delante de los ministros.*)

MINISTRO DE POLICIA.—¡Los tórtolos! Un momento. ¿Quién estaba allí?

PAJE.—Lorenzo.

MINISTRO DE POLICIA.—Os tratáis con gente de viso. ¿Qué decía?

PAJE.—Pues...

MENINA.—Decía que somos muy guapos.

CHAMBELAN.—¿Es decente que unos jovenzuelos anden solos y a oscuras por estos sitios?

PAJE.—Perdón, señor; no es culpa nuestra si estos sitios se quedan a oscuras al ponerse el sol.

CHAMBELAN.—¡Insolente!

MENINA.—¡Déjalos!

PAJE.—Son tan viejos, que aborrecen el amor. (*Se marchan de prisa, riendo.*)

ESCENA IV

CHAMBELAN.—Se burlan de nosotros, como Diana.

MINISTRO DE POLICIA.—Protesto respetuosamente.

CHAMBELAN.—Tenernos aquí expuestos al relente, que puede matarnos, es burla cruel.

MINISTRO DE POLICIA.—Ya van encendiendo los jardines, pero aun es temprano. El duque no ha venido.

CHAMBELAN.—(*Levantándose.*) La humedad me cala los huesos. (*Se pasea.*)

ARCHICANCILLER.—(*Con misterio.*) Dígame, ministro. ¿Cómo se entiende que Lorenzo ronde por ahí?

MINISTRO DE POLICIA.—La explicación más llana es que viene a la fiesta y se ha quedado en el parque haciendo tiempo.

ARCHICANCILLER.—¿Y la explicación menos llana?

MINISTRO DE POLICIA.—Podría ser un misterio que yo no he penetrado.

ARCHICANCILLER.—En el puesto de usted es obligatorio penetrar los secretos que pueden importar al Gobierno.

MINISTRO DE POLICIA.—No me gusta ofuscar con mi sabiduría a mis superiores. Sé únicamente lo que me mandan saber.

ARCHICANCILLER.—Al Consejo Privado le importa hasta las pisadas, ¿me entiende?, hasta las pisadas de Lorenzo.

MINISTRO DE POLICIA.—Es el súbdito más fiel y respetuoso de nuestra reina.

ARCHICANCILLER.—No es eso, ministro. Ya conocemos su historia.

MINISTRO DE POLICIA.—He dicho el más respetuoso.

ARCHICANCILLER.—¡Ah!

MINISTRO DE POLICIA.—¿Le agrada?

ARCHICANCILLER.—Mucho. Usted sabe el partido que los libelistas de oposición pretenden sacar de una leyenda necia.

MINISTRO DE POLICIA.—Los libelistas son dóciles... Quiero decir que se dejan llevar de ilusiones con facilidad. La verdad es que Lorenzo no ve a Diana más que en palacio, y nunca a solas.

ARCHICANCILLER.—Menos mal. Dígame, chambelán: ¿Diana le habla de Lorenzo?

CHAMBELAN.—Jamás.

ARCHICANCILLER.—Conviene explorar si consentiría en alejarlo de la corte.

CHAMBELAN.—Hágamelo usted bueno.

MINISTRO DE POLICIA.—No le favorece usted con su amistad.

ARCHICANCILLER.—El señor se libró por milagro de correr la suerte de aquellos ministros de Diana que fusiló Lorenzo.

CHAMBELAN.—¡Hay bruto semejante!...

ARCHICANCILLER.—Yo había pensado proponerlo para un mando en las colonias.

MINISTRO DE POLICIA.—No aceptaría. El duque, por su parte, no querrá exasperar a las oposiciones poniendo en candelero a un hombre que aborrecen.

ARCHICANCILLER.—El duque gasta demasiados miramientos con la oposición. Es una política tortuosa que me produce angustia y a veces despecho.

MINISTRO DE POLICIA.—El duque satisface en alguna cosa a los extremistas, que sienten por él, aunque no lo confiesen, una debilidad, casi una simpatía, irresistible.

ARCHICANCILLER.—Cierto. ¿Y no es prodigioso que los antiguos revolucionarios, despojados de todo merced a... la defección, digámoslo así, merced a la defección del duque...—¡oh! defección providencial, que yo aplaudo y justifico, pero que a ellos debe de parecerles un crimen—, le tengan todavía algún respeto y les haya caído en gracia?

MINISTRO DE POLICIA.—Esa es la palabra justa: el duque les cae en gracia. El pobre Lorenzo acapara el odio. Si les arrojasen su cabeza, ¡qué festín! Bien lo veía el duque cuando lo tuvo condenado a muerte.

ARCHICANCILLER.—Usted, avezado al espíritu del siglo, podrá explicarme el contrasentido.

MINISTRO DE POLICIA.—Es obra de dos caracteres. La soberbia de Lorenzo raya en heroísmo. Se encumbra tanto, que su conducta molesta a los ambiciosos de cualquier bando. Nada tiene, nada pretende, rechaza lo que le ofrecen. Se arma de razón contra todos, y nadie descubre la sinrazón de Lorenzo. ¿Qué le sostiene, a pesar de su despego de la vida? ¡Misterio! Pero todo el que le habla advierte que le habría causado un placer mayor no hablándole. Si Lorenzo fuese borracho, o tramposo, o tuviese mujer, y mujer casquivana, la gente se creería menos despreciada; se desquitaría de la superioridad del personaje con las flaquezas risibles del hombre, y aunque hubiese sido cien veces más cruel y preten-

diese dominarnos a todos, se lo consentirían, con tal que él hubiese consentido en rebajarse de antemano en el aprecio público.

CHAMBELAN.—Mal librado sale el duque de la comparación.

MINISTRO DE POLICIA.—No. El duque es mi jefe, y yo quisiera ser su discípulo; pero es inimitable. Ha sido menester rogarle para que aceptase lo que más quería. Ha sabido equivocarse un poco y a tiempo, y excusarse de su error. Permite que otros se envanezcan a su lado, creyéndose sus iguales, ¡que ya es vanidad!, y nadie, por turbia que tenga la conciencia, se sonroja de aparecer ante el duque. como si en él encontrasen un padre benigno o un camarada. ¿No se merece la popularidad?

ARCHICANCILLER.—El proceder de Lorenzo podría explicarse por una pasión secreta, descomunal, que le absorbiese la vida.

MINISTRO DE POLICIA.—Así vienen a decirlo los libelos. A la impopularidad de Lorenzo no le falta más que aparecer favorecido desde lo alto por un amor clandestino.

ARCHICANCILLER.—¡Ah! ¿Esos papeles podrían ser una obra pensada para... redondear el carácter de Lorenzo, y no una ruindad de calumniadores de oficio?

MINISTRO DE POLICIA.—(*Con desenvoltura.*) De proponerme perderlo, acaso se me hubiera ocurrido lanzar esos mismos libelos.

ARCHICANCILLER.—¿Sería usted capaz de infamar a Diana?

MINISTRO DE POLICIA.—¿Infamarla? Jamás. ¿Lo está ahora? No. Pues los libelos no dejan de existir. Lo de menos es el origen. Para Diana, todo el daño consistiría, y ya consiste, en que los más aviesos digan que... ha ido demasiado aprisa. Pero en las conciencias ingenuas su reputación permanecía intacta.

ARCHICANCILLER.—(*Con agitación.*) La misericordia que dilata mis días sobre la tierra me ha preservado de una conciencia de malhechor. El mal y el bien, yo sé que existen, porque han combatido siempre en mi alma. Dolorido estoy de su combate, si merezco piedad, y la espero, es a causa de este dolor. (*Al ministro.*) ¡Hombre, yo he obrado el mal, y tú no sabes lo que es eso! Eres de la casta que convierte el crimen en deporte. ¡No haya piedad para ti!

CHAMBELAN.—¿Serán éstos los principios del duque de Quer?

MINISTRO DE POLICIA.—No mezcle al duque en la conversación.

CHAMBELAN.—Va a mezclarse por fuerza. Estoy viéndole llegar.

MINISTRO DE POLICIA.—¡Ah! ¿Ya viene? (*Se vuelve hacia el término opuesto al que ocupaban los interlocutores, mira por donde se adelanta el duque y sale con premura a su encuentro.*)

ARCNICANCILLER.—Dejemos esta casa y a estas gentes. ¡Pobre Diana!

CHAMBELAN.—Lorenzo es menos odioso y más valiente.

ESCENA V

(Vuelve el ministro con el DUQUE; el archicanciller y el chambelán le hacen reverencia.)

AURELIO.—(*Con displicencia, apenas disimulada por la urbanidad.*) Señores ilustres, no creía encontrarlos aquí.

CHAMBELAN.—Diana se retrasa.

ARCHICANCILLER.—Ahora es mejor que se retrase. Ciertas palabras del ministro de Policía me han hecho presentir una monstruosidad. Exijo una explicación.

AURELIO.—No será nada. Al ministro le gusta jugar al coco. (*Al ministro, con familiaridad desdeñosa.*) ¿Qué has dicho, perillán? (*Le tira de una oreja.*) ¿Qué has dicho para alarmar a estos señores.

MINISTRO DE POLICIA.—(*Bajo, al duque.*) Lorenzo está en el jardín.

AURELIO.—(*Lo mismo.*) Eso te concierne.

MINISTRO DE POLICIA.—No le perdemos de vista.

AURELIO.—(*Alto, a todos.*) ¿Qué es el caso?

MINISTRO DE POLICIA.—Por divertir el tiempo, se me ha ocurrido una explicación humorística del asunto de los libelos, y estos señores lo han tomado al pie de la letra.

ARCHICANCILLER.—No admito evasivas. El señor nos ha descubierto con medias palabras, como explorándonos, una maquinación en que se atropella el nombre de Diana. ¿Usted lo autoriza?

MINISTRO DE POLICIA.—Se empeñan en que yo mismo he lanzado los libelos. Si así fuera, ¿habría venido a contárselo?

ARCHICANCILLER.—¿Yo qué sé hasta dónde llega su perfidia?

AURELIO.—(*Sonriendo.*) Pero lo sé yo; y no es infinita, créame usted. Mis servicios a lo que Diana representa, y a su misma persona, me autorizan para decir, y no admito réplica, que nadie la guarda mejor que yo. Desgraciadamente, y sin necesidad de una maquinación como ésa, Diana y Lorenzo, Lorenzo y Diana, me quitan el sueño.

CHAMBELAN.—¿Luego hay un asunto de los dos?

AURELIO.—Más que un asunto: un conflicto.

ARCHICANCILLER.—¿En qué consiste?

AURELIO.—La ocasión no es para tratar negocios de Estado. Muy pronto he de convocar a todos ustedes para que me asistan con sus luces y su experiencia.

ARCHICANCILLER.—No sé qué pensar.

AURELIO.—Se cansaría en vano. Ustedes ignoran la verdad de lo sucedido. Si una chispa de la verdad ha brillado ante sus ojos, no habrán querido verla. Diana y Lorenzo, por influjo de la suerte, están en conflicto. Yo tuve, tiempo atrás, libertad bastante para que el conflicto no naciese: pude fusilar a Lorenzo, pude no dar la corona a Diana. Ya pasó, y ninguno tenemos la misma libertad. Henos aquí prisioneros de nuestras propias acciones. ¿Por dónde salimos de esta cárcel? Habrá que discurrirlo.

CHAMBELAN.—Discurriremos. No ha de sernos tan difícil.

ARCHICANCILLER.—Conocido el caso, se hallará alguna solución.

AURELIO.—¿Alguna? No me basta. Hemos amontonado tantas locuras, que una solución cualquiera podría ser una locura más. Es preciso hallar *la* solución, la única apropiada. ¿Cuál es? Lo ignoro todavía.

CHAMBELAN.—Quizás venga de perlas aquello de "el tiempo y yo, para otros dos".

AURELIO.—No habría conflicto si pudiera estar como en suspenso y dilatarse por todo el tiempo de nuestra vida. La entraña de la dificultad consiste en la urgencia de lo que hemos de hacer, en un tiempo limitado, gracias a las circunstancias en que nosotros mismos nos hemos puesto. Yo estoy habituado a proceder con desembarazo; pero, en esta ocasión, mi espíritu se angustia. Vean ustedes cómo lo íntimo del ser de cada hombre, incluso de un hombre como yo, es un drama, por la sola necesidad de soportar el peso de las propias acciones y de acudir al remedio con otras, mientras nos dura la existencia. Morir, que es acabárseme el tiempo, no resuelve mis conflictos si soy yo el que muere. Mi muerte destruye el supuesto, suprime el cerco donde el conflicto se produce, pero no lo resuelve. Ahora, si es otro el que muere...

ARCHICANCILLER.—Una dificultad con solución posible no pasa de ser un acertijo para la inteligencia que pretende resolverlo. Caso tremendo es el que no admite solución por achaque de nuestra pobre naturaleza humana.

MINISTRO DE POLICIA.—Esa sí que es una evasiva peligrosa, anarquizante. ¡La naturaleza humana! Eso es muy vago. No tiene cabeza con que responder.

CHAMBELAN.—Silencio. Viene gente.

AURELIO.—Será Diana. Vamos a cenar alegremente. Mañana nos traerá su afán.

ESCENA VI

(*Entran el PAJE y la MENINA.*)

MENINA.—La señora les da licencia para que no la esperen más y se adelanten a ir a palacio. (*La menina y el paje suben a la terraza del segundo término.*)

CHAMBELAN.—¡A buena hora nos despacha!

ARCHICANCILLER.—¿Qué hacemos? (*Los cuatro personajes se agrupan y hablan bajo.*)

MENINA.—(*En la terraza.*) No veo al Desdichado.

PAJE.—Se habrá cansado de esperar.

MENINA.—¿No vale más lo que espera?

PAJE.—Quizás no. Parecía tan triste, que todos los amores del mundo quedarían envenenados de su tristeza.

MENINA.—Así merece más.

PAJE.—¿Padecer es un mérito? Si me haces padecer no podré quererte.

MENINA.—Te pongo a prueba.

PAJE.—Tal vez mates el amor y nazca la melancolía.

MENINA.—Déjame ahora buscar al Desdichado.

PAJE.—El vendrá al encuentro si nos espera.

CHAMBELAN.—Yo, con la venia de ustedes, opto por la retirada.

AURELIO.—Vamos, puesto que hay esa orden. Ministro, acompáñenos hasta palacio. (*Se marchan los cuatro.*)

ESCENA VII

PAJE.—¡Qué de luces se encienden en el jardín!

MENINA.—Suben ráfagas al cielo.

PAJE.—Las copas de los árboles se anegan en resplandores de oro.

MENINA.—Todo el palacio es de fuego.

PAJE.—Iluminan por nosotros. ¿Lo sabías?

MENINA.—¿Qué motivo habremos dado?

PAJE.—Que te asustas de andar sola conmigo en la oscuridad. (*Entra LORENZO.*)

ESCENA VIII

LORENZO.—Niños, ¿qué me traéis?

MENINA.—Lo que deseas. Diana hablará contigo un momento. Espérala ahí.

LORENZO.—¿Eso ha dicho?

PAJE.—No tardarás en verla.

LORENZO.—Quizá me ha valido tu alegría. ¿Cómo te llamas?

MENINA.—Tú me llamaste graciosa, señor. Con eso me quedo.

LORENZO.—Graciosa, adiós. Sé feliz. (*Desciende al primer término.*)

MENINA.—No lo seré del todo si no empiezas a serlo tú. (*Lorenzo llega al primer término y se sienta.*)

PAJE.—Ven. Ya es nuestra la noche.

MENINA.—¿Y si escuchásemos lo que dicen? ¡Tengo una curiosidad...!

PAJE.—¿Curiosidad por otro, mujer? Yo tengo que contarte cosas tan nuevas, que nadie las ha dicho aún. (*Se marchan abrazados.*)

ESCENA IX

LORENZO.—(*Solo.*) ¡Qué personaje extraño es el amor! Llevo en el alma, como de bulto, las imágenes del deseo; lloro sobre recuerdos hechos pavesas, sobre esperanzas que no dejan sino el recuerdo de haberse muerto en flor; el fantasma que adoro en los coloquios de mi ternura me desconoce y se va; aborrecido estoy de mí y de todos; concibo un desquite que valga por quien yo soy..., y ahora, en el punto de alcanzar lo que más quería, mi fervor desaparece, es nada. La certidumbre de verla en mis brazos concluye mi tormento: lo concluye de tal modo, la marea baja tanto, que pone al desnudo la roca de mi antiguo corazón, donde no hallo deseos, ternura ni tristeza; tampoco alegría ni placer... Sobre todo, me falta el placer... Tanto me daría que Diana viniese como que no. Esta calma ¿es mi pasión? ¿No es más que esto el amor? ¿O soy un monstruo, y el amor no me concede una alegría comparable a mi tortura?... ¿Nunca la quise? ¿No la deseo tanto como el deseo me finge? ¿O será que los males y los bienes no me pasan de la imaginación? No, que he padecido; bien me acuerdo. Es que soy como fuí, y soy además otro Lorenzo, un ser nuevo, hijo de aquella noche, sin más alma que un en-

sueño feliz. ¿Y ahora te pierdo, alma nueva, te llevas mis ansias, mi locura, las alas con que yo subía adonde nunca pensé subir?... Quisiera saber al menos dónde concluye mi ser verdadero, dónde comienza su ilusión. Uno de los dos me arranca la vida. Estoy pronto a perderla...; pero... ¿por quién?..., ¿por qué... (*Pausa.*)

ESCENA X

DIANA.—(*Que entra examinando el lugar.*) ¡Qué lúgubre está el sitio! Gustos del Desdichado. (*Ve a Lorenzo.*) ¡Ah!

LORENZO.—(*Sobrecogido.*) ¡Diana! (*Recobrándose, va hacia ella.*) ¡Oh, gracias, Diana, gracias! (*Quiere tomarle las manos.*)

DIANA.—(*Retrocede.*) ¿Eres tú? ¡Cómo! ¿Eres tú? (*Riéndose.*) ¿Con esa ropa? ¡Qué novedad!

LORENZO.—(*Desconcertado, mirándose el uniforme.*) ¿Te sorprende?...

DIANA.—No...; es decir..., la primera impresión. (*Riéndose.*) ¡Ay, Lorenzo! Déjame reír... No es de ti... Pero se me hace tan extraño verte con ese uniforme... y tanta gala...

LORENZO.—(*Amoscado.*) Es el tuyo.

DIANA.—Vaya, pues no te sienta. Te agradezco que al fin consientas en usarlo. Todavía de paisano te pareces a ti mismo... Pero así te desfiguras... ¿Qué le vamos a hacer?

LORENZO.—(*Sombrío.*) ¡En ese tono me hablas!

DIANA.—(*Con burla.*) Me das miedo.

LORENZO.—Para eso no te he suplicado que vengas.

DIANA.—Sepamos para qué... (*Lorenzo, desconcertado, no sabe qué decir.*) Habla.

LORENZO.—(*Titubeando.*) Así no se empieza una conversación.

DIANA.—(*Con frialdad.*) Empiézala tú.

LORENZO.—¿Qué iba a decirte?... No me acuerdo... Siento como vergüenza....

DIANA.—Te aseguro que no me he reído de ti.

LORENZO.—¡Es que estamos tan distantes!... No encuentro las primeras palabras. (*Queriendo recobrarse.*) ¡Dame una mano! (*Diana le da una mano, que Lorenzo mantiene entre las suyas.*) Así... (*Breve pausa.*) Acabas de llegar... (*Como recordando.*) Cuando llegaste estaba pensando en ti... ¿Qué pensaba? Alguna cosa triste... Ya vuelve a mi alma aquella tristeza. (*Breve pausa.*) ¡Oh, sí! (*Con efusión y calor.*) ¡Qué locura! ¡He pensado que no te quería! Menos aún: lo he dudado, y sólo con dudarlo a mi vida le faltaba su objeto único, que es adorarte y padecer por ti.

DIANA.—¿Eso querías decir llamándote el Desdichado?

LORENZO.—No. Soy desdichado si me falta tu presencia, pero no

mi amor. Puedo vivir sin tu amor, pero no sin el mío. Tu frialdad no me mata, es peor que la muerte. Vida miserable es enloquecer por ti y que me olvides. Esto es ser desdichado: que mi amor te llame a gritos y no los oigas. No amarte yo, sería menor desdicha; he visto que es morir.

DIANA.—Yo no te olvido.

LORENZO.—¿Soy para ti el de siempre?

DIANA.—¿Por qué no?

LORENZO.—¿Recuerdas nuestra noche en la sierra?

DIANA.—La recuerdo

LORENZO.—¿Con placer?

DIANA.—Lo mismo que tú.

LORENZO.—¡Oh, gloria de mi alma! Vuelvo a la vida que me diste aquella noche. Mi corazón desesperaba de ser feliz y ya no desespera. Diana, amada mía, anuda en mis brazos el hilo de aquel ensueño.

DIANA.—Así te quiero, Lorenzo loco, Lorenzo niño. Si mi amor te presta sus alas, lo que me gusta del tuyo es el arrebato, lo generoso de tu alma. No podré quererte huraño ni receloso. Desesperado, que es no tenerme amor, te aborrecería.

LORENZO.—¿Te avergüenzas de mis resabios de fiera?

DIANA.—Estoy orgullosa de que por mí no lo seas.

LORENZO.—Me revelaste un vivir tan suave, que lo áspero y lo agrio de mi antiguo ser se me ha quitado. Amo la vida de otra manera. Yo no sabía que en una mujer hubiese tanta dulzura.

DIANA.—Ya ves, salvaje mío, que me debes tu vida de hombre.

LORENZO.—Si me quieres así, ¿por qué me quisiste también antes que el amor me transformase?

DIANA.—No hay transformación que valga. Todo tú estabas en aquel héroe, como el caudal debajo de la peña. Yo lo hice brotar; ese es mi mérito. Beber tu pasión es mi regalo. Quizá soy egoísta, pero no lleves a mal un egoísmo que te hace dichoso.

LORENZO.—Lo seré si acaba este martirio.

DIANA.—¿Cuál?

LORENZO.—Tenerme apartado de ti.

DIANA.—Raro será el día que no nos hayamos visto.

LORENZO.—Como dos extraños.

DIANA.—El duque me tiene poco menos que secuestrada.

LORENZO.—Por eso me has negado una palabra, una sonrisa, hasta una mirada.

DIANA.—En cambio, tú me ponías unos ojos fatales. (*Riendo.*) Mi ogro, pensaba yo, quiere devorarme.

LORENZO.—De buena gana habría publicado delante de todos nuestro secreto.

DIANA.—(*Riendo.*) ¡Te habrían fusilado en el acto, aunque sólo

fuese por sacarme del apuro! En serio, Lorenzo: has de cuidar un poco de mi reputación. El duque me ha dicho que andamos en papeles.

LORENZO.—Ya ves que tu buen nombre no depende de tu conducta.

DIANA.—¿Y lo pasado?

LORENZO.—Una vez tuviste el arranque de confesar a un extraño nuestro amor.

DIANA.—Estaba loca.

LORENZO.—¿Te pesa?

DIANA.—(*Colérica.*) De nada me pesa por mí. ¿Qué es esto de recordar lo que hice, como si recordaras una obligación? ¿No tienes más delicadeza? Pudiera arrepentirme de todo... por ti.

LORENZO.—Soy un miserable, no te merezco. Pero. ¿cómo olvidar que me elevaste hasta ti? Comparo tu generosidad con la reserva de hoy, y me veo perdido.

DIANA.—Ha cambiado la situación.

LORENZO.—Eso no va conmigo.

DIANA.—Déjame salvar las conveniencias, respetables, aunque a ti no te importen.

LORENZO.—No respetaré lo que nos separe.

DIANA.—¿Separarse? Basta no deshonrar con un escándalo la corona que llevo.

LORENZO.—¡Maldita sea la corona, y malditos los viles que te la dieron, y maldito yo que lo he consentido! Si tu posición me estorba, has de elegir entre la corona y yo. Di que no me prefieres: volveré a mis montañas, resucitaré la guerra y vendré a sacarte de esta corrupción, llevándote lejos, muy lejos..., adonde no reines más que en mí.

DIANA.—(*Riendo.*) ¡Lucido porvenir! Vamos, Lorenzo: tienes un natural tormentoso, y cuando todo está en calma, sueñas borrascas y desventuras. ¿No sabes ser dichoso?

LORENZO.—Empiezo a temerlo.

DIANA.—Ya es tiempo de alegría y de gozar juntos del triunfo que habíamos soñado. Tú tienes en mi corazón el puesto que mereces. Todo puede conciliarse, y serás en este palacio mi duende querido.

LORENZO.—¿Pretendes hacer de mí un capítulo de las memorias secretas de la corte? No sirvo para eso.

DIANA.—¿Y tú quieres amarrarme a tu soberbia, poner en tu vanidad un adorno de lujo? ¿Quieres?... Pero, ¿qué quieres? No adivino tus pretensiones.

LORENZO.—Yo no soy un caballerete ambicioso que intrigue con los placeres furtivos de una gran dama; ni hombre de mundo, que es el peor modo de no ser hombre, dispuesto por su egoísmo a

transigir con la ruindad. Yo soy más. Mejor dicho, soy alguien. ¿Lo sabes?

DIANA.—Creo en tu grandeza, conozco tu valor. Si no lo creyese y conociese, habiéndome entregado a ti, yo sería la ruin y la despreciable.

LORENZO.—El amor es don absoluto, renuncia al propio ser, muerte en vida..., ¡qué sé yo! Pasión, Diana, pasión, y eso es todo. Dime si tu pasión se iguala con la mía.

DIANA.—¿Qué puede probártelo?

LORENZO.—El sacrificio.

DIANA.—¿No me tienes por tuya?

LORENZO.—Regalarme con tu persona, por adorable y divino que sea el regalo, no es sacrificio para ti, Diana, si me quieres.

DIANA.—Estoy pronta a padecer mil veces si la ocasión llega.

LORENZO.—La ocasión nunca llega para el que no tiene voluntad de sacrificio. Hay que salir a su encuentro.

DIANA.—Si la fortuna nos fuese contraria, me verías arrostrarlo todo por tu amor. Hoy somos dichosos. ¿A qué probarnos en el dolor si no es necesario? El amor no me atormenta; es placentero. Tú lo vuelves triste.

LORENZO.—Es placentero porque ignoras el estrago que has hecho en mi alma.

DIANA.—¿Qué ignoro yo de ti?

LORENZO.—Que te he sacrificado mi conciencia.

DIANA.—¿De qué modo?

LORENZO.—Y la paz eterna.

DIANA.—¡No, Lorenzo!

LORENZO.—Y mi nombre, que será maldito mientras viva su memoria.

DIANA.—Tú solo te maldices.

LORENZO.—Déjame entender que no has conocido mi sacrificio ni lo aprecias, y sabré que no eres digna de este amor. Mi pasión morirá, y yo con ella.

DIANA.—Sea o no digna de tu amor, que sí lo soy, Diana te será indiferente cuando tu pasión se hastíe. Ahora, el pensamiento de perderme te parece mortal. Después, tu vida nada tendría que ver conmigo.

LORENZO.—Mi angustia no se refiere al mañana. Mi angustia viene del pasado, que no admite enmienda. Si descubro que mi pasado es una abominación, y que este amor no me salva, ¿para qué he nacido? Este amor es mucho más que la realidad presente de mi vida: es la justificación de mi existencia. Si eres piadosa y sabes oír la voz del remordimiento, te diré que cuando no me justifique, me disculpa.

DIANA.—Es odioso que reniegues de ti, siendo como eres un ejemplo de nobleza que hasta tus enemigos admiran.

LORENZO.—(*Sarcástico.*) Me dices las cosas triviales que escribirán los periódicos adictos cuando hagan mi necrología. (*Triste.*) ¡Qué lejos estás de lo que yo necesito que seas para mí!

DIANA.—¿Qué más puedo ser?

LORENZO.—Algo tan grande como la capacidad de mi espíritu, que no tiene límites. Hoy sería mi espíritu una tiniebla absoluta si tú no lo alumbrases. Allí estaban mi fe, mi rectitud, la confianza en el deber, fuentes de mi energía y de mi valor. Puestos a tu servicio, me han llevado a cometer acciones horrendas. Yo las cometía serenamente, pensando en una causa superior a nuestra vida mortal. Un día te juré, ¿lo recuerdas?, que la duda no entraría jamás en mi alma. ¡Ay! No la duda, la negación la ha saqueado, y sólo queda el espanto.

DIANA.—Que el recuerdo de la guerra te amargue, es digno de ti. La paz y el olvido te calmarán.

LORENZO.—¿Sabes lo que hacíamos unos y otros por ti o contra ti? Escucha. Un subordinado de Aurelio fusiló a los padres de un subalterno mío. Yo di una orden: que se tomasen represalias en el pueblo donde aquel verdugo tenía familia y se fusilase a sus parientes más próximos. Entre ellos se contaba un niño de diez años. Lo sacaron del pueblo. Los soldados del pelotón lloraban. El sargento echó a rodar por el suelo una naranja. "¡Anda, a ver si la alcanzas!", dijo... Y las balas cortaron el paso de la criatura, que corría detrás de la naranja.

DIANA.—¡Es preferible no saber!...

LORENZO.—Yo era un hombre tal, que resistía mil pruebas como esa sin estremecerme. Cuando Aurelio nos prendió y decretó mi muerte, acepté con orgullo el morir. Mi conciencia estaba en su entereza. Y aunque ya tenía tu amor, me abrazaba con la muerte por dar mi vida en testimonio de mi conducta. ¡Ay! En un solo día, tú alcanzaste por la corrupción el triunfo aparente de tu egoísmo. Traición tuya, traición de Aurelio, miseria de todos. El precio y el cebo de la traición fué dejarme la vida... Día a día me he preguntado: ¿Para qué todo aquello?... Para el mal... ¡Mi vida es un puro crimen!... ¡Un crimen inútil para servir a un engaño que tú misma me has descubierto! ¿Qué seré yo ahora para los soldados que lloraban al verter sangre por mi orden?

DIANA.—Ni siquiera se acordarán de lo que hicieron. Yo tomo sobre mí la mayor parte de culpa. Pero no admito que manches nuestro amor con tantos horrores.

LORENZO.—El horror es de mi conciencia, que por ti ha perdido la paz.

DIANA.—La habrá perdido por otra causa, no por mi amor, que

hasta ahora ha sido dichoso. Revuelto con tanta fealdad, no lo aceptaría. Por suerte, ningún sacrificio te he pedido.

LORENZO.—Me cuesta la paz, que hubiera encontrado en la muerte. Por tu amor no me maté el mismo día que me indultabas.

DIANA.—Gracias a no haberte matado, puedo yo ser feliz. Pero eso no fué sacrificio; al contrario, mi amor fué como tabla de salvación.

LORENZO.—(*Muy abatido.*) Dices verdad..., lo reconozco...; una verdad cruel... Algunos se han imaginado venderse al diablo, y yo me vendí a tu amor, creyendo que aún podría gustar las dulzuras del mundo... (*Exaltándose.*) Eso te probará la inmensidad de mis ansias, la fuerza con que el amor me ata a la vida. ¿Y a un hombre que sólo se disculpa de vivir porque te adora le ofreces ser en secreto su concubina?

DIANA.—¡Qué grosería bestial!

LORENZO.—No cierres los ojos a la verdad. ¿Soy yo algún figurín de corte? Necesito la posesión absoluta, ser el uno del otro siempre y para siempre; que nada exista para ti fuera de Lorenzo. ¿Negarás a mi suplicio el consuelo de que humilles tu vanidad y tu amor propio?

DIANA.—Humillarme... ¿Cómo?

LORENZO.—Si yo te digo: abandónalo todo; arroja esa diadema, que ya no representa lo que debió representar; vamos a esconder nuestra vida donde nadie sepa mi nombre, ¿qué contestarás?

DIANA.—Contestaré recomendándote a mis médicos.

LORENZO.—¿Yo soy un loco? ¿No valgo más?... (*Iracundo.*) Pues te equivocas, Diana. Tú no ahogas mi aliento con un desprecio.

DIANA.—(*Retrocede y da un grito.*) ¡Ah! ¿Qué dices? ¿Qué pretendes?

LORENZO.—¡Digo que soy tu dueño!

DIANA.—No quiero tenerlo. ¡Vete!

LORENZO.—He puesto demasiado en el juego para irme con las manos vacías.

DIANA.—Yo lo mando.

LORENZO.—Se acabó el mandar. Eres mujer y me perteneces.

DIANA.—¡A nadie! ¡Te odio!

ESCENA XI

(*Entran corriendo dos DAMAS del acompañamiento de Diana.*)

UNA DAMA.—¡Señora! ¿Qué sucede?

DIANA.—Está loco..., me amenaza... ¡Llevadme!...

LORENZO.—(*Volviendo en su acuerdo.*) ¡¡Diana, no!!... Te suplico... Perdóname...

DIANA.—¡Aparta! Vamos de aquí.

LORENZO.—Diana..., compasión. ¡Diana..., no me dejes! Si no me perdonas, me mataré.

DIANA.—¿Qué me importa tu muerte o tu vida?

LORENZO.—¡Por todo lo que hemos sido!...

DIANA.—¿Quieres irte ya, o llamo a mis lacayos?

ESCENA XII

(*Entran AURELIO y el MINISTRO DE POLICIA.*)

AURELIO.—(*Bajo, al Ministro.*) ¿Lo estás viendo? Atención a lo que se hace. (*Alto, a Diana.*) Señora, perdóname que interrumpa tus... pasatiempos. Es hora de estar en palacio.

LORENZO.—(*Sarcástico.*) ¿Son los lacayos?

AURELIO.—¡Qué significa!...

MINISTRO DE POLICIA.—Cada palabra de este hombre es una injuria.

LORENZO.—Estabais en acecho.

DIANA.—Aurelio, arrójalo de aquí.

AURELIO.—Obedece.

LORENZO.—(*A Diana.*) ¿Merezco esta humillación?

DIANA.—No quiero verte más.

LORENZO.—Malditos seáis tú y los que te amparan.

AURELIO.—Respeta a la reina, bandido.

MINISTRO DE POLICIA.—Te has puesto fuera de la ley.

LORENZO.—¿Reina?... Lo será para ti... Reina de un truhán.

AURELIO.—Buscas tu muerte.

LORENZO.—¿Sabes quién es?... ¡Es mi querida!

DIANA.—¡Miserable!... ¡Líbrame de él, Aurelio!

AURELIO.—(*Al Ministro.*) Ya lo oyes.

MINISTRO DE POLICIA.—Lo pondré donde no lo vea más. (*Se va el Ministro.*)

AURELIO.—(*A Lorenzo.*) Rinde tu espada.

LORENZO.—¿A ti? Ven a tomarla. (*Desenvaina.*)

AURELIO.—(*Retrocede hacia Diana.*) ¿Amenazas?

DIANA.—(*Interponiéndose.*) ¿Qué intentas?

LORENZO.—Aparta, mujer. Nada puedes ya conmigo. Aparta. Se acabó el hechizo. ¡Defiéndete, Aurelio!

DIANA.—¡Tigre!

AURELIO.—(*Fríamente.*) Necesita un crimen más.

LORENZO.—Tú me has vuelto a la razón, Aurelio. ¡Ya sé quién soy! ¡Defiéndete de Lorenzo el Estudiante!

DIANA.—¡¡Socorro! (*Entran dos hombres, se precipitan sobre*

Lorenzo, lo apuñalan por la espalda y huyen. Diana, al ver su acción, grita.)

LORENZO.—¡Ay! (*Cae muerto.*)

DIANA.—(*Con estupor.*) ¡Lorenzo!...

MINISTRO DE POLICIA.—(*Entrando.*) Todo ha salido bien.

DIANA.—(*Precipitándose sobre el cuerpo de Lorenzo.*) ¡¡Lorenzo..., Lorenzo mío!! ¿Qué habéis hecho?

MINISTRO DE POLICIA.—Castigar a un enemigo público.

DIANA.—¡Muerto! (*Llora.*)

AURELIO.—Señora, repórtate.

DIANA.—¡¡Asesinos!!... ¡¡Asesinos!!

TELON

FIN DEL DRAMA

TEATRO ESCOGIDO

DE

CARLOS ARNICHES

VOLUMENES PUBLICADOS:

Tomo 1.° - La chica del gato. El señor Adrián, el primo, o qué malo es ser bueno. Las estrellas. Prólogo de José Carner.

Tomo 2.° - Es mi hombre. La señorita de Trevelez. Los milagros del jornal. Prólogo de Ramón Pérez de Ayala.

Tomo 3.° - Para ti es el mundo. La tragedia de Marichu. El amigo Melquiades. Prólogo de Alfonso Hernández Catá.

EDITORIAL ESTAMPA

Paseo de San Vicente, número 18

M A D R I D

La mejor obra de

NOVELA

RAFAEL LOPEZ DE HARO

YO HE SIDO CASADA...

Editorial Estampa

Paseo de San Vicente, 18

Madrid

Precio: **5** pesetas.

RIVADENEYRA (S. A.).—MADRID